

LA ILUSTRACION DE LA MUJER



Año II

BARCELONA, 15 DE FEBRERO DE 1884.

Núm. 18

GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES



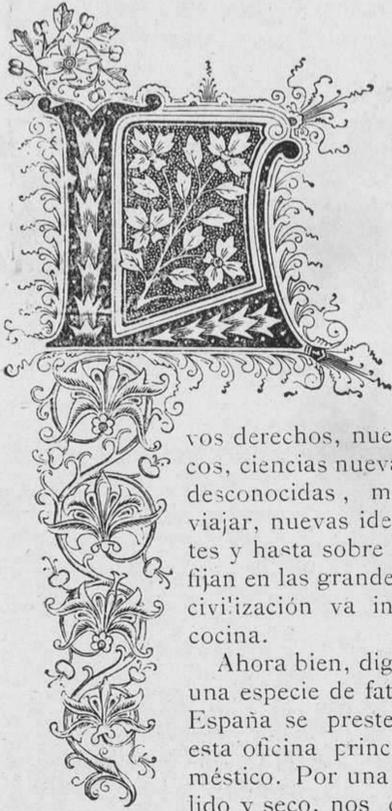
CAROLINA CASANOVA DE CEPEDA, dibujo original de P. Ross.

SUMARIO.

TEXTO.—LA COCINA MODERNA.—GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES: Carolina Casanova de Cepeda.—REVISTA MADRILEÑA, por D.^a Josefa Pujol de Collado.—EXPLICACIÓN DE GRABADOS.—REVISTA DE BARCELONA: por Doña Dolores Monserdá de Maciá.—LA MUJER!!! por D. M. Martínez Barrio-nuevo.—LA MUJER RUSA EN EL SIGLO XVII, por Airi-Vank, (continuación).—MISCELÁNEA.

GRABADOS.—GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES: Carolina Casanova de Cepeda, eminente cantante española, dibujo original de P. Ross.—ESCUELA CULINARIA, de Hanover.—LA RECIÉN-CASADA, cuadro de Mr. Parst.—¡PARA SIEMPRE! cuadro de Andriotti.

LA COCINA MODERNA.



A revolución social que se está verificando en nuestros días es tan completa y radical, que apenas ha dejado piedra por mover del antiguo edificio.

Háblase generalmente de nuevos derechos, nuevos sistemas políticos, ciencias nuevas, industrias antes desconocidas, maneras nuevas de viajar, nuevas ideas sobre bellas artes y hasta sobre moral, y pocos se fijan en las grandes novedades que la civilización va introduciendo en la cocina.

Ahora bien, digamos de paso que una especie de fatalidad hace que en España se preste poca atención á esta oficina principal del hogar doméstico. Por una parte, el clima cálido y seco, nos convierte en seres frugales, que comen lo preciso para vivir, y eso de prisa, de mala gana, y como quien se avergüenza de tener que aplacar el hambre. Por otra, la voz *cocina* tiene un *dejo* vulgar, un sabor *grasiento* y un sonido anti-elegante, que parece que atufan y disuenan en toda conversación. En resumen, por no ser uno de esos nombres finos, poéticos y armados caballeros, ó porque trae á la memoria la penitencia diaria del comer, administrada por una fregona, los españoles la hemos mirado siempre de reojo.

Esto no obstante, en las naciones cultas de la antigüedad y en la Europa moderna, siempre ha habido una que conserva el *fuego sagrado coquinario*, que justifica á los gastrónomos; y que trata de elevar á ciencia, ó arte por lo menos, la necesidad y el placer de la alimentación. En otros términos, siempre ha habido en la humanidad dos grandes clases ó divisiones: la de los que se sientan en la gran mesa, á banquetear con servilleta prendida, y la de los que, de medio ganchete, toman el necesario tente en pie. Los unos satisfacen una triste necesidad: los otros regalan el gusto. Los unos son capaces de explorar el mundo por una nueva salsa: los otros se contentan con pan y cebolla.

De estas dos clases, una sola ha contribuído al progreso y civilización del mundo. Comiendo yerbas y bebiendo aguachirle, nos halláramos aún en estado de salvajes. El refinamiento del paladar y las exigencias del estómago han sido una escuela para la energía y un estímulo para la ilustración, y si las mujeres se hubieran puesto al frente de la cocina civilizada, otra y bien distinta habría sido su suerte en Europa.

Pero estaba escrito. La mujer no pudo entonces salir de la cocina humilde de la familia, y el hombre invadió las espléndidas cocinas de los palacios. Este sér egoísta ha sido el mayor enemigo de la mujer á vueltas de sus agasajos, y hasta le usurpó su dominio sobre las cazuelas y pucheros. Era natural. Mientras la pobre madre de familia se devanaba los sesos para guisar un potaje, los cocineros de Salomón tenían doce intendentes viajando anualmente por turno en busca de manjares y especias exquisitas para la mesa del rey sabio. Con oro á la mano y buenos ingredientes es fácil lucirse en una mesa.

Así no es extraño que los griegos tan amantes del buen gusto, elevasen la cocina al rango de arte bella, y contasen siete célebres cocineros para hacer pareja á sus siete sabios. Llegada á este punto, la gran ciencia culinaria fué fruta prohibida para las mujeres.

El oficio de confeccionador de manjares adquirió importancia desmedida. En realidad no se guisaba, sino se transformaban los frutos de la tierra con un arte mágico y primoroso, engañando al paladar y á la vista, fingiendo especies y sabores, y convirtiendo la hornilla y batería de cocina en taller y aparato de alquimistas. Los cocineros eran personajes independientes, ricos, halagados por la aristocracia y adorados por los gastrónomos.

Entre estos se distinguieron los sicilianos, y especialmente los sibaritas, que regentearon las mejores cocinas de Europa por una sucesión de siglos. Para que nada faltase, el famoso romano Apicio lanzó el primer libro del arte de guisar. Siguiéronle otros cada vez más extensos y profundos, y corona esta biblioteca culinaria la célebre *Instituta* ó código de Brillat-Savarin, intitulada *Fisiología del gusto*.

Finalmente, cayendo y levantando en la Edad Media, época de austeridades y de ayunos, vuelve la cocina á servir en Francia en tiempo de la Regencia, y bajo el Consulado y el Imperio. Inglaterra introduce las costumbres conviviales y la sencillez homérica de los banquetes. Escribe su popular libro Alejo Soyer, superintendente de las cocinas de Scutari, durante la guerra de la Crimea; pónese á la moda convertir la mesa en tribuna de oratoria política y vuelve la cocina á recobrar parte de la importancia que tuvo en los antiguos tiempos.

Pero entiéndase: revive una cocina racional é higiénica. El arte de guisar no es ya un arte de envenenar organismos sanos, ni de sostener estómagos decaídos por la gula. A la complicación fastuosa de la cocina antigua, sucede la simplicidad pasmosa de la cocina inglesa, y del centenar de ingredientes que contenía el más modesto plato, hemos venido á la carne á medio asar á la parrilla, y á los vegetales cocidos en su propio jugo.

Lo característico de esta regeneración es que la mujer se presenta á tomar en ella la parte que legítimamente le corresponde. Hasta ahora había sido imposible la lucha. La mujer estaba muy por bajo y la cocina en los once cielos. Aquella pecaba por lega, y esta por erudita y escolástica. La comida ordinaria española no pasaba de sota, caballo y rey. Estofados, albondiguillas y media docena de potajes ó menestras eran el caudal de conocimientos de nuestras cocineras, y matrimonios sin cuento se han separado por no saber hacer la mujer una simple tortilla de huevos.

¿Qué sucede hoy? Justamente lo contrario. La mujer ilustrada es una excelente guisandera. Y lo es, porque el saber guisar parece como consecuencia del refinamiento: porque la mujer ilustrada sabe que este es su primer deber: porque presta más atención á esta dependencia de la casa, de que á la vez depende la salud y buen humor de la familia: porque puede leer y consultar los mejores manuales sobre cocina, y por último, porque ha caído esa preocupación ridícula de los antiguos, de ocultar las señoras su ingerencia en las cosas de la comida, como si fuese un pecado vergonzoso.

Hoy se abren públicamente cátedras coquinarias, cual sucede en Londres, donde acuden señoritas y madres de familia á oír teórica y ver prácticamente expuestos los principios generales de la alimentación. Allí se enseñan todos los modernos adelantos, así en esencia como en los aparatos é ingredientes, por hombres no menos entendidos que los antiguos Apicio, Vatel, Careme, La Reynière, ó los contemporáneos Soyer, Jules ó Groudona.

¿Pues qué diremos de la educación de las princesas en nuestros días? No hay una que no sea excelente guisandera, y tenga á orgullo el manejar la escudilla y la sartén.

Lo propio sucede con las mujeres notables en las artes y en las ciencias. Sus casas andan mejor gobernadas y sus mesas más bien servidas que las de sus colegas, y desengañémonos, que aunque parezca extraño, hay cierta correspondencia entre la cultura intelectual y el punto ó la gracia de los manjares. Una mujer notable tiene más probabilidades de guisar bien, que una mujer vulgar mal educada, y á veces posee el instinto del acierto y el buen gusto, hasta el extremo de ser consumada maestra á las primeras de cambio. Prueba de ello el siguiente pasaje, con que terminaremos este artículo, donde Alfredo de Musset refiere una cena improvisada por la célebre trágica Rachel.

Al llegar á su casa, se lee en sus obras póstumas, Rachel recordó que había dejado sus alhajas en el teatro. Envió á su única criada, y no quedó nada para guisar la cena. Rachel se levantó y se fué á la cocina. Un cuarto de hora después volvió de bata y pañuelo por la cabeza trayendo tres *bee'steaks* que

ella misma acababa de asar. Colocados á la mesa volvió á la cocina y apareció de nuevo trayendo en una mano una sopera humeante y en otra una sartén con espinacas.

¡Qué transición tan bella, de la tragedia del Tancredo al asado de un solomillo!

A buena fe que estaría en su punto, *saignant*; y las espinacas cocidas como por mano de ángeles. Con asados y cocidos de esa manufactura, bien puede avivarse el ingenio y producir después versos celestiales.

En resumen, la frase de Dumas, «dime lo que comes y te diré quien eres», podía sonrojar á más de un pueblo de los que forman el concierto político europeo. «Dios cria la carne y el diablo la guisa», era otra pulla contra nuestros abuelos. Gracias á nuestra civilización, la cocina se salva por la mediación de la mujer inteligente y refinada.

GALERÍA DE MUJERES NOTABLES.

CAROLINA CASANOVA DE CEPEDA



AMOS hoy cabida en la galería de retratos de mujeres notables al de nuestra celebrada compatriota cuyo nombre encabeza estas líneas, coincidiendo la fecha de su publicación con la de su primera salida en la escena lírica italiana de París.

al lado de otra eminencia del divino arte, también célebre compatriota nuestro, el incomparable Gayerre.

Lucrecia es la opera con que nuestros dos ilustres artistas van á sellar sin duda alguna con un nuevo é importantísimo triunfo escénico la justa fama alcanzada por ambos en su larga y gloriosa carrera, obteniendo al par con él una confirmación que si hoy no es necesaria á su indiscutible valer, no ha de dejar de serles altamente satisfactoria por la autoridad también indiscutible que todos le reconocen.

Reservamos pues para el próximo número, en el que habremos de dar cuenta á nuestras lectoras del acontecimiento artístico á que nos referimos, el artículo biográfico que en este lugar deberíamos consagrar á nuestra distinguida compatriota la Sra. de Cepeda.

REVISTA MADRILEÑA.



ASI todos los periódicos de Europa y América se ocupan con notable insistencia de la proyectada publicación de las *Memorias* de Heine.

No es extraño que la prensa obre así. Las *Memorias* de Enrique Heine interesan al mundo entero, porque él ha sido quizá el único poeta que más fielmente interpretara las vacilaciones y las angustias de los modernos tiempos. Su poesía es triste como su vida, reflexiva como su carácter. Comunmente se dice que la poesía es luz, luz del alma, es cierto; pero la luz que emana del genio de Heine se anega en amarguísimas lágrimas, en desgarradores conceptos, confundiendo con la irónica carcajada del descreído, del escéptico.

¡Pobre Heine! A pesar de su exquisita sensibilidad no será nunca el poeta favorito de las damas, como lo es nuestro Becquer, porque la mujer, más que á otra cosa, se manifiesta siempre inclinada á la tristeza, silenciosa y resignada por temperamento. Heine habrá sido en cierto modo el profeta de las tempestades sociales y filosóficas, el demoledor implacable de lo antiguo, nunca el cantor de lo profundamente dulce y armónico.

Becquer, en nuestra España, se ha convertido en el poeta predilecto de la mujer, por interpretar de una manera esencialmente delicada el sentimiento humano en sus más íntimas manifestaciones. Heine, por el contrario, y debido sin duda á las sombras que envolvieron constantemente su vida, sólo halla amargo placer en presentar la verdad desnuda.

Enrique Heine ha sido el cantor del escepticismo, y el escepticismo no conmueve el humano corazón, y mucho menos el corazón de la mujer.

Después de muchas y contradictorias noticias, parece que las *Memorias* del infortunado poeta se publicarán en la *Gartenlaube*, de Stuttgart, valiendo la obra 16,000 francos y constando únicamente de 128 hojas.

El hermano del poeta ha quemado las 12 primeras hojas del manuscrito, porque trataban de los orígenes de la familia Heine.

Días han sido estos últimos de grandes novedades teatrales. La pública curiosidad se ha visto satisfecha. *Mártires ó delincuentes*, en la Zarzuela; *Piensa mal ¿y acertarás?* en el Español; *La Gioconda*, en el Real; ¿qué más podemos pedir en el corto espacio de diez días?

Empecemos por *Mártires ó delincuentes*, del señor Pleguezuelo; drama de intención profunda, bien desarrollado y que entraña un problema social de suma trascendencia para la mujer.

Y confesemos de paso que si la obra del Sr. Pleguezuelo no hubiera realmente valido, hubiera sido punto menos que imposible llegara á alcanzar los aplausos del público, cuando este se hallaba todavía fascinado por los resplandores de *La Pasionaria*, de Cano.

En la noche del estreno de *Mártires ó delincuentes* el público se dispuso de antemano á presenciar un fracaso, y no es extraño; siempre es más fácil augurar un éxito á un autor consumado y experto, que á un autor novel. Por eso al levantarse el telón la expectación era grande; pero preciso es convenir que la frialdad dominaba entre la mayoría del numeroso público.

A las pocas escenas, la indiferencia se trocó en interés; la belleza de la forma se impuso al fin, empezó á palpar el drama, y el aplauso estalló espontáneo y triunfante de todas las prevenciones acumuladas. No había para menos en el trascendental argumento que el señor Pleguezuelo supo revestir de las más bellas formas literarias. Elena, abandonada casi al pié del altar por su inicuo esposo, vive durante veinte años maritalmente con Alfonso. Una hija, fruto inocente de estos amores, crece en bondad y hermosura junto á los amantes, que la sociedad estima como esposos. Al principiar la obra, una linajuda dama pide á la niña Pilar para esposa de su hijo, y los padres no saben qué hacerse, puesto que como Pilar no es hija de matrimonio, se ven precisados á confesar un secreto hasta entonces tan cuidadosamente oculto. Alfonso, después de grandes vacilaciones, dice á la anciana dama que Pilar es su hija natural, y ante esa revelación todos convienen, cuando menos, en aplazar la boda tres años.

Cuando después de las dificultades y recelos del amor, padres y novios se conforman con el precedente acuerdo de la duquesa, aparece el esposo de Elena, es decir, el esposo legal, tipo cínico y feroz, que al reclamar sus derechos antes villanamente olvidados, turba con su presencia la apacible tranquilidad de aquel venturoso hogar.

La escena entre Elena y su primer esposo Enrique es bellísima sobre toda ponderación; el autor pone en boca de los actores sorprendentes y exactos conceptos sobre el matrimonio, terminando la escena con la indigna proposición que hace Enrique á Elena, de que comparta sus favores con él secretamente, si quiere que no persiga ante la ley sus adúlteras relaciones con Alfonso. El noble corazón de la desventurada mujer rechaza con energía tan infame propuesta, á tiempo que regresan de paseo Alfonso y Pilar, dándole apenas tiempo para alejar á Enrique, no sin que su hija se aperciba de que sale furtivamente un hombre de las habitaciones de su madre. Elena no resiste por un momento la idea de que su hija pueda creerla culpable, y le confiesa entre lágrimas la historia de su vida. Un rayo parece que se desploma á los piés de Pilar, que comprende el por qué de las vacilaciones de sus padres en conceder su mano á Ernesto, pero subyugada por la grandeza y el infortunio de su madre, se adhiere á ella con amor infinito y dice que en último caso se halla dispuesta á sacrificar á sus padres su pasión por Ernesto. La obra se acerca rápidamente á su desenlace: Enrique con el representante de la ley se presenta en el domicilio de Alfonso, y una terrible escena tiene lugar allí entre Alfonso y Enrique, en presencia de la madre y de la hija. Durante ella se ponen de relieve la insuficiencia del Código para defender á la mujer de la infamia del marido, y termina el drama matando Alfonso de un pistoletazo á Enrique, entregándose á la justicia, á tiempo que entra Ernesto, el hijo de la duquesa, quien enterado de todo, se encarga de proteger á las dos mujeres.

Entusiastas aplausos coronan este magnífico final, y el Sr. Pleguezuelo se ve precisado á salir varias veces al palco escénico. Nuestros plácemes al autor que se ha iniciado en la dramática con una obra de

primera fuerza, y nuestros aplausos igualmente á la inteligente empresa por haber admitido *Mártires ó delincuentes*, teniendo en cuenta, no el nombre hasta hoy desconocido de su autor, en lo que á obras teatrales se refiere, sino el mérito incuestionable de la producción.

La Srta. Mendoza Tenorio hizo una incomparable dama joven, el Sr. Vico trabajó con la maestría á que nos tiene acostumbrados, y la Sra. Domínguez, el Sr. Cachet, la Sra. Toral y el Sr. González bien, sobre todo en la segunda y tercera representación.

Con numeroso y escogido público se estrenó en el Español el casi-proverbio del Sr. Echegaray *Piensa mal ¿y acertarás?*

Los aficionados á la escuela del Sr. Echegaray acudieron al coliseo de la Plaza de Santa Ana convencidos de que el ilustre autor no lograría torcer la corriente general de sus obras, viéndose precisado á recurrir quizá inconscientemente á los efectos dramáticos de siempre y por todos conocidos.

Con todo, la comedia con su carácter especial, sencilla é ingeniosa, brotó de la fácil pluma del señor Echegaray con extraordinaria espontaneidad y frescura.

La complaciente musa inspiradora del insigne vate, convirtió la poesía que antes fuera impetuoso torrente, en apacible arroyuelo, y sólo allá en las nebulosidades del fondo de la nueva producción palpita algo que pudiéramos llamar drama, porque es preciso convenir que nunca la musa de Moratín será la musa favorita de Echegaray. Sin embargo y en lo posible el autor se hizo digno de la situación, y si bien *Piensa mal ¿y acertarás?* como comedia no estuvo á la altura de los dramas como dramas, á que nos tiene acostumbrados su autor, resultó buena y gustó, porque las bellezas en ella sembradas con el mágico estilo que posee el Sr. Echegaray, dominaron como siempre al público.

Hé aquí el argumento sobre el cual se basa la nueva producción:

Olvido, hermosa mujer casada con Benigno, viven á orillas del mar, en dulce paz, arrullada por las inocentes caricias de Nieves, hija de Olvido, y á quien consagra Benigno cariño de padre, desde que salvó á la madre de la furia de las olas. Ignora Nieves que sea hija de Olvido, pero vive feliz en la hospitalaria casa, al par de Esperanza, bella huérfana de la cual es bondadoso tutor D. Benigno.

El ángel de la felicidad parece haber tendido su velo de paz sobre aquella familia, y sólo la tristeza asoma de vez en cuando á los ojos de Olvido al recordar una noche funesta de su pasado.

La llegada de Valentín, amigo de Benigno, en compañía de su criado, especie de Sancho Panza este último, que piensa mal hasta de su sombra, pone en movimiento á todos los personajes. Valentín es pobre y Benigno procura casarle con Esperanza, su rica pupila. La boda se hubiera realizado sin notables incidentes á no mediar el criado de Valentín que, por arte del diablo, no pudiendo concebir en toda su pureza el desinteresado afecto del honrado tutor hacia Esperanza, supone que Benigno trata de deshacerse de aquella niña cuyo origen nadie explica.

Valentín llega á recelar de su amigo y le insulta, pero en el altercado salen á relucir un retrato y un anillo, por los cuales se descubre que Valentín es el padre de Nieves, y Olvido la víctima de su brutalidad durante tenebrosa noche, en solitaria cueva. El público, al llegar aquí, ve asomar el drama, presente el derramamiento de sangre para desenredar la trama, pero se equivoca; por esta vez los personajes son buenos todos y de condición apacible. La altiva musa dramática de Echegaray se doblega al fin, haciendo fácil é ingeniosa la solución. Esperanza se casa con Valentín, sin evidenciar que tiene conocimiento de lo pasado, y ambos esposos marchan á América. Olvido ve por fin asegurada la posesión de su hija Nieves, y Benigno se declara resueltamente padre de la infortunada niña como antes fuera el salvador y protector de su madre.

Este es el argumento. Como se ve, los malos pensamientos del criado de Valentín dan título á la obra, evidenciando que no con sólo pensar mal se acierta.

La obra abunda en apólogos que valieron entusiastas aplausos al autor y á los actores.

El Sr. Maza y las Sras. Cirera y Calderón cumplieron bien su cometido. Mariano Fernández hizo un mal pensado excelente, la niña Mantilla dió gran

realce á su largo y complicado papel, dejando adivinar admirables cualidades para el porvenir.

Notable fué la conferencia dada en el *Círculo de Instrucción Comercial* por el joven orador Sr. Díaz Carrasco, sobre el tema: *La influencia de la mujer en el comercio*.

Consideró el orador á la mujer en su doble aspecto físico-moral, sacando de ello en consecuencia, con gran acopio de datos, la influencia que ejerce en todas las esferas y manifestaciones de la vida de los pueblos la mujer considerada como hija, esposa y madre, y además como poderoso é inteligente auxiliar del hombre.

Murmullos de aprobación interrumpieron varias veces al orador durante el desarrollo de su interesante tema, y al final de la conferencia entusiastas aplausos le demostraron las simpatías que se había conquistado entre su numeroso y escogido auditorio.

Por lo que se desprende de los diferentes asuntos tratados en esta revista, es evidente que el mejoramiento de la mujer preocupa todas las grandes inteligencias de nuestro siglo.

En el teatro, en la cátedra, en la vida social, en todas partes palpita la idea generosa y noble de mejorar las condiciones de la mujer. *Piensa mal ¿y acertarás?* y *Mártires ó delincuentes* responden á este fin, particularmente la última de las obras mencionadas, amargo reproche dirigido al Código que, dictado por el hombre, deja siempre á la mujer indefensa en manos de quien á veces debiendo ser un protector, se convierte en implacable verdugo.

¡Pobre mujer! Con tan contradictorios elementos, luchando contra las tinieblas hijas de la escasa instrucción, recorriendo un camino lleno de obstáculos, la sociedad te exige que venzas en la abrumadora contienda, aunque la victoria te cueste, no ya la muerte del cuerpo, sino la del alma. Eres como el pobre ciego á quien empujan por ignorados senderos; la venda que cubre tus ojos es la ignorancia. ¡Qué mucho que alguna vez resbales en la fatal pendiente de la vida!

Mucho le cuesta al hombre conceder más vasta esfera de acción á la mujer, pero algo hemos adelantado: llegaremos al logro de nuestras aspiraciones. Nuestro siglo no es de tinieblas, sino de luz; no es siglo de retroceso, sino de adelanto, y la inmensa fatiga, el peso abrumador que gravita sobre la mujer, ha encontrado eco doloroso en el corazón de algunos hombres. En estos últimos días Echegaray, Pleguezuelo y Carrasco han clamado contra la injusticia de que es objeto la mujer, desde el teatro y la cátedra, poderosas instituciones modernas que informan el estado de nuestra vida social.

Esperemos. Dios pudo crear la luz en un día; el hombre no es Dios, y para que la luz se haga sobre ciertos difícilísimos problemas, se necesita tiempo y paciencia.

Entre tanto, pidamos al estudio datos para defender nuestra causa, que es la causa de la humanidad y del porvenir. Mientras esperamos la hora de nuestra rehabilitación, en el sagrado del hogar, en el seno de la familia seamos la estrella de paz que inunde todas las frentes de resplandores, y bebamos en la dulce mirada de nuestros hijos la inefable luz de amor que nos promete un cielo de venturas en ese paraíso de la tierra llamado amor maternal.

Jesucristo decía con infinito amor: *Dejad á los niños venir á mí*. La mujer, con ser mujer y madre, posee la prenda más segura de su victoria.

El hombre podrá negar á su hermana y á su esposa el lugar que para ellas exige la civilización moderna; pero en lo porvenir no lo negará á la madre de sus hijos.

Tú serás ¡oh mujer! responsable en parte mañana de cuanto ocurra á la humanidad. Hija, esposa y madre, en esas tres edades de la vida procura permanecer á envidiable altura. La estatua caída de su pedestal y rota carece de grandeza; es tronco informe confundido con el lodo.

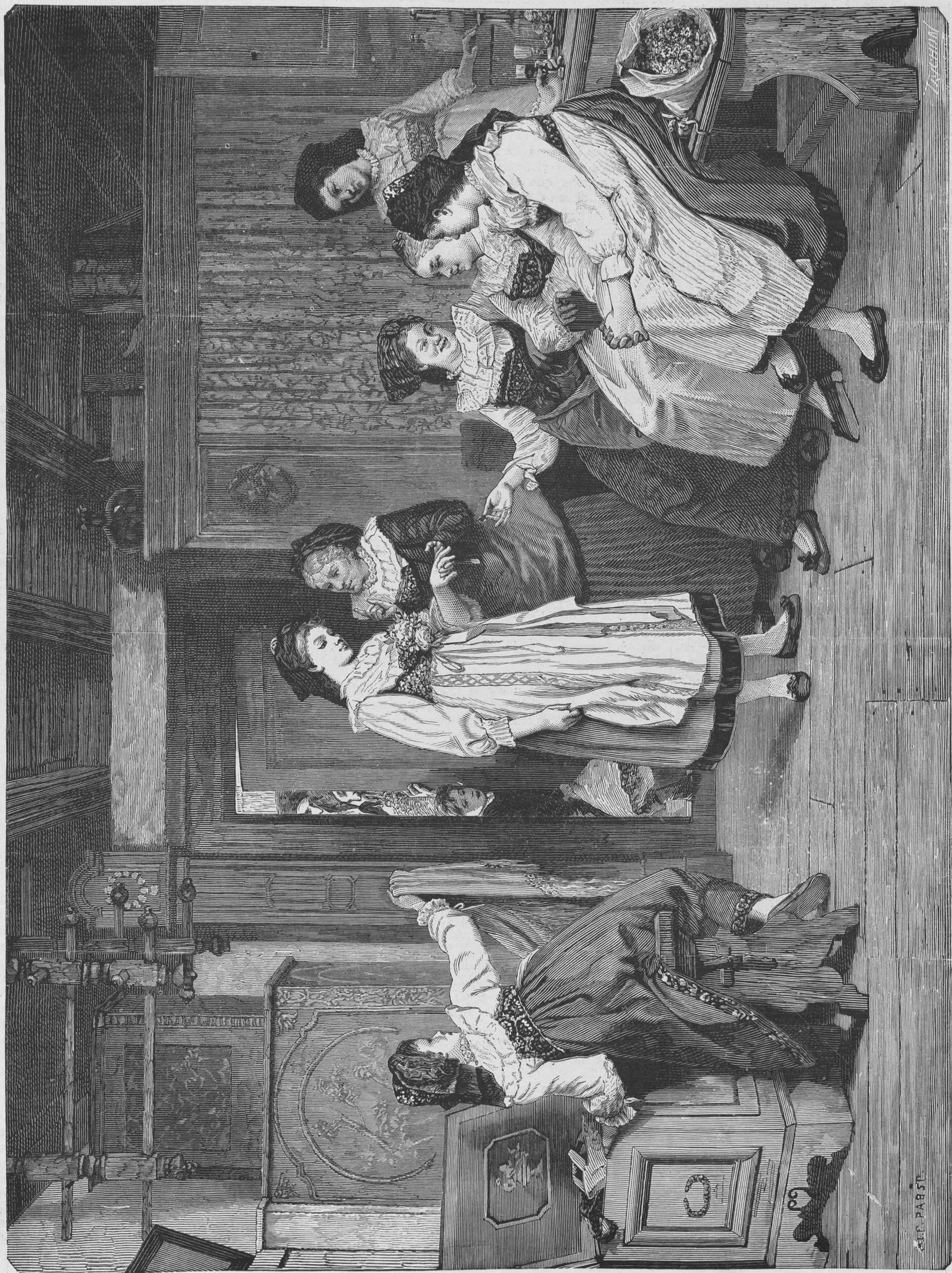
Y el lodo mancha y embrutece cuanto toca, porque ningún sér humano tiene la propiedad del armiño.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Madrid 8 febrero de 1884.



ESCUELA CULINARIA DE HANOVER.



LA RECIEN-CASADA, cuadro de Mr. Parst.

MR. PARST

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

ESCUELA CULINARIA EN HANOVER.

EN el artículo de fondo de éste número se toca la importante cuestión de la cocina moderna que, lejos de estar abandonada á las fregratices, como en otros tiempos, merece que se ocupen de ella seriamente profesores distinguidos y señoras de la posición más elevada.

Como especie de ilustración de este punto, puede servir nuestro grabado, que representa varios actos en el local de la escuela de cocina instalada en Hannover. El n.º 1 nos ofrece una perspectiva de la comida de las señoras, pues nada más justo que esta clase de obreros se coman sus propios frutos. El n.º 2 da idea de la entrega de los manjares. El n.º 3 de la distribución del sobrante entre los pobres. El n.º 4 de la cocina hanoveriana: el 5, 6, 7 y 8, de los discípulos en varios pasos ó etapas de sus trabajos. El n.º 9 nos familiariza con una conferencia ó lección teórico-práctica y el 10 con la despensa ó batería de cocina.

Estando ya el asunto en tan buenas manos, es probable se acaben aquellas comidas que llamaban *de perros*, nuestros abuelos, y que no temamos nos juzguen por aquella sentencia de: *dime lo que comes y te diré quien eres*.

LA RECIÉN-CASADA.

CUADRO DE MR. PARST.

MODAS las escenas que forman el gran acto del matrimonio tienen en sí un interés y una poesía que las distingue, y no pueden menos de ser simpáticas hasta á los mismos solterones desahuciados. Los artistas han cosechado con abundancia en este campo y siempre con el mejor éxito, pues por endeble que sean las partes, el argumento del amor las salva.

Mr. Parst, autor del cuadro cuyo *fac-simile* verán nuestras lectoras en las páginas del presente número, ha escogido la Alsacia como localidad de su composición, porque el vistoso traje de las aldeanas es de gran recurso para un artista. En la variedad de usos y costumbres esparcidos en la tierra, y especialmente en los que se refieren á atavíos de la persona, los hay más ó menos modestos y provocativos, y á juzgar por esta pintura, el traje de las alsacianas parece que es emblema de la modestia, la pureza y el candor.

La joven recién-casada, puesta como el sol en el centro, da luz, calor y vida á la estancia. Su fisonomía respira felicidad; pero esa clase de felicidad verdaderamente humana, mezclada de tristeza, porque apenas ha puesto el pié en la senda que la conduce á una nueva existencia que la imaginación engalana con los más bellos colores, tiene que separarse de los seres más caros á su corazón, de los objetos y lugares testigos de su dicha infantil.

La escena tiene lugar entre los parientes del sexo femenino, presididos por la madre, que antes de despedirse, da á la desposada esa media docena de consejos que ella recibió de la abuela en caso análogo, y constituyen la ciencia secreta de las madres. Esos momentos en que las ex-novias se salvan de las miradas ansiosas de los convidados, y del magnetismo de su nuevo dueño, están felizmente representados en la composición. Por otra parte, la puerta entreabierta, por donde asoman dos cabezas como representantes de la curiosidad pública, mientras la recién-casada completa su atavío personal con un lujoso mantón guarnecido de flecos, es un precioso detalle que caracteriza el cuadro magistralmente. En su totalidad, es un asunto interpretado con el mayor acierto.

¡PARA SIEMPRE!

CUADRO DE ANDRIOLLI.

FELICÍSIMO ha estado el artista en la concepción y ejecución de este pavoroso asunto. Y decimos pavoroso, porque en el mundo real en que vivimos, la idea de eternidad relativa se halla siempre asociada á penas y dolores. Se necesita una fe inquebrantable para pronunciar los sagrados votos, dar un á Dios al mundo, y empezar una vida de penitencias y mortificación de la voluntad, que no tiene más termino que el sepulcro. Dichosas las heroínas que pudieron hacerlo; pero tomada en cuenta la flaqueza humana, y los atractivos de este que llaman pícaro mundo, bien puede asegurarse que la mayoría de estos seres fueron verdaderos mártires.

Nuestro grabado representa una monja que, escitada por la misma soledad, y viendo en perspectiva el solitario monasterio, contempla por vez primera la magnitud del sacrificio que ha hecho, condenándose al encierro por toda la vida. La voz "para siempre", resuena en sus oídos y cae como una pesada losa en su imaginación ardiente y en su corazón juvenil, destinado sin duda á otro porvenir más vario y halagüeño. Una expresión de espanto y profunda melancolía se retrata en su semblante, y su cuerpo flaquea, y su alma parece rendirse al peso inmenso de esta perspectiva lúgubre y monótona. ¡Cuántas reclusas se habrán visto en situación análoga! Sabemos de los martirios del cuerpo de millares de creyentes; pero aún está por formar un martirologio del espíritu, de estas víctimas de una impresión pasajera. La pintura que ofrecemos dice, no obstante, más que pudieran decir volúmenes en folio.

REVISTA DE BARCELONA.



SEGÚN habíamos anticipado á nuestras lectoras, el 12 del pasado enero llegaron á nuestra ciudad SS. AA. los príncipes de Baviera. S. A. D.ª Paz, cuyo parecido retrato publicó en su primer número LA ILUSTRACIÓN DE LA MUJER, es sumamente simpática, lo que unido á su talento y afición á las Bellas Artes, le cautivó desde el primer instante las simpatías de los barceloneses, que se afanaron en manifestarle el aprecio que inspiraban sus bellas cualidades.

Seis días pasaron SS. AA. en nuestra ciudad instalados en el palacio de los señores marqueses de Comillas, y durante ellos asistieron al teatro Romea, vistiendo D.ª María de la Paz traje azul con encajes blancos; al gran Teatro del Liceo, con vestido raso amarillo con blonda catalana negra; á la Sala Beethoven, con traje blanco y encajes de Alenzón; al brillante baile dado en su obsequio por la señora marquesa de Mariana, con traje azul celeste; á la repartición de premios á la virtud en el Salón de Ciento, con vestido de terciopelo granate y sombrero de igual color; y en la recepción militar, con traje de terciopelo color violeta con adornos de oro.

SS. AA. visitaron nuestros principales templos, la Universidad, donde recibieron una entusiasta ovación, algunos de nuestros más importantes establecimientos fabriles, las obras del Puerto, el Asilo Naval, el Parque y las casas-torres del Excmo. señor D. Manuel Girona, D. Eusebio Güell, D. José Antonio Muntadas y marquesa de Moragas.

La reputada directora del colegio central de corte Srta. D.ª Carmen Ruiz y Alá, probó á S. A. doña Paz la pericia de sus alumnas, cortando y cosiendo estas, en presencia de SS. AA., en el breve espacio de una hora, un precioso abrigo de Ottoman negro, brochado de flores de terciopelo, forrado de raso color de fresa; una elegante bata de tapicería con adornos de terciopelo granate oscuro y una linda capota terciopelo negro, bordada de azabache y adornada con un caprichoso pájaro. S. A. se dignó aceptar dichas prendas, felicitando á la Srta. Ruiz por las ventajas que puede reportar á la mujer tan utilísima enseñanza.

SS. AA. se mostraron sumamente complacidos de los obsequios que se les tributaron durante su estancia en nuestra ciudad, causándoles particular impresión el concierto de las sociedades corales en la plaza de la Constitución la víspera de su salida para Madrid.

Desde la tribuna de las Casas Consistoriales, profusamente iluminadas, contemplaron SS. AA. la compacta multitud que invadía por completo la gran plaza de la Constitución, gozando con verdadero placer de la audición de las inspiradísimas piezas de nuestro malogrado Clavé, que con gran ajuste ejecutó la masa coral bajo la experta batuta del reputado maestro Sr. Rodoreda.

A pesar de lo avanzado de la hora, SS. AA. no se retiraron de la tribuna hasta haber oído los últimos acordes de los siempre aplaudidos *Nets dels Almogàvers*, de los que dijeron conservarían gratisima impresión.

Después del concierto, el Excmo. Ayuntamiento obsequió á SS. AA. con un espléndido banquete.

Nuestros teatros están de enhorabuena en lo que va del nuevo año 84. En el gran Teatro del Liceo

se ha cantado discretísimamente *Mignon* por las señoras Vitali y Torresella y señores Engel y Vidal, alcanzando magistral interpretación la grandiosa ópera de Boito, *Mefistófeles*. La eminente Sra. doña Carolina Casanova de Cepeda ha continuado la serie de sus triunfos en la ópera de grande espectáculo *Roberto*, que ha alcanzado completísimo éxito.

En el teatro Principal ha trabajado breves días la celebrada trágica francesa Mlle. Agar, interpretando varias tragedias clásicas con una discreción y estudio que estamos poco acostumbrados á ver en la escena española. Actitudes verdaderamente esculturales, acento apasionado, dicción incomparable y profundo talento dramático, son las cualidades de tan aventajada artista, que maravillosamente puso de relieve en *Phèdre* una de sus más preciosas creaciones.

El coliseo, no tan lleno como era de esperar, dados tan positivos méritos.

En el teatro Romea ha alcanzado brillantísimo éxito la tragedia del laureado maestro en *Gay Saber* D. Angel Guimerá.

No nos equivocamos al presentir en otra anterior revista que *Judith* sería una obra de gran aliento. Interesante, majestuosa, con fuerza superior versificada y clásicamente conducida, sus escenas, á pesar de lo terrible de la acción, se deslizan sin fatiga para el espectador, que con creciente interés llega á la peligrosa catástrofe final, para la que parece que el autor se ha reservado mostrar en mayor grado su dramática habilidad.

Imposible parece que una obra de la fuerza y maestría de *Judith de Welf*, de la que no vacilamos en hacerle la justicia de decir que está á la altura de las mejores tragedias Shakespeare, es la segunda obra dramática de D. Angel Guimerá.

Triste es que el eminente poeta no haya podido gozar completo el placer de su triunfo, ya que su reciente luto por la muerte de su virtuosa madre, á la que amaba entrañablemente, le ha privado de recibir en la escena los aplausos del público.

La compañía encargada de su difícil interpretación salió airosa de su cometido, alcanzando entusiastas plácemes las Sras. Pallardó y Parreño, y los Sres. Goula, Bonaplata y Soler.

La época del carnaval es la escogida para bailes, y no hay que decir que se pierde la costumbre. Es imposible llevar la lista de los que se han verificado y de los que están anunciados entre la elegante sociedad barcelonesa. Los Sres. de Durán, Casanyes, Torres, Pérez, Pinós, San Salvador y otras muchas distinguidas familias han rivalizado en esta clase de fiestas.

La Sra. D.ª Antonia Manent, viuda de Massana, dió también el 30 del pasado enero un brillantísimo baile en sus elegantes salones. Desde las primeras horas de la noche el aspecto fué verdaderamente deslumbrador. El terciopelo, el raso, los encajes y granadinas, las flores y brillantes se sucedían sin interrupción, como corrientes de rutilantes astros, fascinando el corazón y los ojos de cuantos tuvimos el placer de admirar tan lindas hadas.

En la imposibilidad de recordar los nombres y trajes de las distinguidas damas y señoritas que lucieron sus encantadoras gracias, lo haremos sucintamente de las que la memoria nos presenta en este instante.

La dueña de la casa vestía traje terciopelo frapé negro con encajes; D.ª Margarita Massana de Manent, raso granate con encajes negros; D.ª Paquita Massana de Mir, la señora viuda de Framis y señora viuda de Solá, de terciopelo negro bordado de azabache; la señora de Torres, raso rosa con blonda blanca española; la señora viuda de Matas, terciopelo frapé, granate y oro; señora de Masó, damasé blanco; y Sras. Manent de Fontanet y Manent de Anfruns, encajes negros con lazos y plumas rosa. Las señoritas Esperanza y Antoñita Massana lucían preciosos trajes raso rosa, con encajes blancos la primera y granadina bordada de felpillas la segunda; la señorita Solá elegante vestido rosa con prendidos de flores; vistiendo las demás señoritas cuyos nombres no recordamos, bonitos trajes blancos, azules y crème.

A las doce se abrió el bufet con un espléndido *lunch*, servido por la acreditada confitería del señor Llibre. La Sra. de la casa y sus simpáticas hijas hicieron con la amabilidad que les es propia los honores de la fiesta, citándose dicho baile por uno de los más brillantes de la actual temporada.

El Sr. Coscojuela, iniciador en Barcelona de unas amenísimas reuniones que bajo el modesto nombre de *Tardes Musicales*, son conciertos de reconocida

importancia, ya que en ellos no solamente se ejecuta música clásica, sino que esta obtiene casi siempre perfecto desempeño, siendo más de notar el bello proceder de dicho señor por no haber tenido hasta ahora imitadores en ninguna de las personas que, gozando también de desahogada posición, no saben mitigar la aspereza de los negocios con el sublime goce que reportan siempre al espíritu las funciones dedicadas á cualquiera de las Bellas Artes, tuvo noticia el 23 del pasado enero que, á pesar de lo que llevamos dicho, se conspiraba en contra de su casa y aún cuando sabemos positivamente que dió aviso de lo que se intentaba al Excmo. Sr. Capitán General, asiduo concurrente á sus salones, estos fueron *asaltados* por un bullicioso ejército de elegantes dominós rosa que, con animadísima expansión, bailó en ellos hasta las tres de la madrugada. El ejército invasor no halló la plaza desprevenida, y los *viveres* abundaron con la esplendidez propia de tan distinguida familia.

A la media hora del *asalto*, las señoritas se quitaron los dominós vistiendo elegantes trajes de sociedad.

Recordamos las señoritas Coscojuela, Valero, Cuspinerá, Pons, Vinyas, Simó, Ferrer, Michel y Rubio, que vestían elegantes trajes de raso blanco, y las señoritas Borrás y Valderrama de azul marino y perla, con encajes blancos.

La fiesta fué animadísima y los Sres. Coscojuela y la simpática Claudina, probando una vez más su pericia en hacer los honores de sus frecuentes y brillantes fiestas.

La importancia de la exposición Parés, inaugurada por SS. AA. los príncipes de Baviera, exige un espacio de que hoy no podemos disponer, por lo que reservamos para nuestra próxima Revista ocuparnos de ella con la importancia que su representación requiere.

DOLORS MONSERDÁ DE MACIÀ.

!!!LA MUJER!!!

Yo sé que voy á desgarrar tu alma: yo sé que voy á recabar las hondas raíces del amor, que allá, en el fondo de tu pecho se agitan, cual las hojas en las verdes cimeras de los árboles se estremecen si el viento las azota: pero temor no abrigues, pues te juro por esas dulces tintas melancólicas que tal vez el pudor pone en tu frente, que á tí no más relataré la historia.

Atrás dejemos los felices días mar en bonanza de arrullantes olas; aquellas noches de sereno estío aquellas noches de feliz memoria, de magníficos cielos, tachonados de estrellas, como lámparas hermosas en el altar del mundo colocadas, para alumbrar sus galas y su pompa: de brisas, que estampaban en las flores besos de amor; de músicas sonoras, formadas al rumor de las corrientes; de misteriosos, plácidos aromas y penas dulces y alegrías tristes y silencio y quietud y paz y gloria: noches aquellas, que del brazo asida de tu esposo feliz, amante esposa, le jurabas amor, y él te juraba amarte siempre, con el alma toda.

Atrás dejemos los felices días, días, que al recordarlos hay quien llora y conciencia que grita... y pensamiento... que se nubla sombrío y quien anotó esos gritos y lágrimas y perlas, como he notado que las frescas rosas de tus mejillas suaves, se tornaron por las tintas de pálida magnolia!

Desplegando sus alas, Himeneo, fué lloroso á posarse en las alfombras de perfumadas flores, que rodean el poderoso trono de las glorias humanas y divinas; sacra altura de grandezas sublimes, donde mora el Sér más bueno de los seres todos; el Sér que alienta con su sér las cosas. Himeneo lloraba: de rodillas ante Dios, así dijo:

—La corona de blancas flores que ciñó la frente pura y serena de la casta esposa, cayó rota en pedazos: ya han perdido sus flores el color y los aromas,

como en brazos de lúbricos deleites, ella, en las ricas perfumadas blondas de su lecho nupcial, despedazados los girones dejaba de su honra.—

Y el ángel persiguió:—Tú me dijiste:

—Serás de los esposos, salvadora luz que ilumine sus conciencias nobles: tú darás á su amor, trono de rosas; tú darás á su dicha, espacio grande; tú darás á sus besos, suaves notas... pero si manchan tus cendales blancos, pero si el curso de mi ley estorban, ven al Supremo Juez, que da castigo y humilla, ó con justicia galardona.—

Yo he cumplido, Señor, con tus pragmáticas; yo he velado, Señor, las dulces horas de alegrías sin fin, que los esposos ambicionaron en sus ansias locas; mas pasaron los días y los meses y pasaron los años, y las olas de aquel amor del alma, al fin se estrellan contra las duras y sombrías rocas del indiferentismo, y el cansancio con su helada sonrisa me destrona.

Murió la luz; murió, pues se apagaron los rayos luminosos de mi antorcha, y aunque en tinieblas, vi: miré, Dios mío, que la vergüenza con sus tintas rojas tiñó la nieve del pudor, que un día fué de aquella mujer sublime joya.

Vi que pecó primero el pensamiento; vi que albergaba en él ráfagas locas, de otros mundos sin fin y otras esferas y otros altares, donde en otras formas, culto rendían las sacerdotisas á una estatua de carne, que es la diosa de los placeres lánguidos del cuerpo; que se deleita más, cuanto más sola y abandonada y triste y en tinieblas, el alma siempre su iniquidad devora: la ví tras la entornada celosía tender la vista por el campo ansiosa, mientras que la serpiente del pecado comenzaba á arrastrarse por la angosta senda, que principiando en nuestra mente, del corazón en los abismos toca:

vi rodar la serpiente á esos abismos; vi como se enroscaba en las recónditas fibras más delicadas de aquel pecho, presentando la frente de la esposa la marca triste de la fe perdida, como en bruma de armiño, manchas rojas; como si el blanco prado de azucenas salpicado se hallara de amapolas: la ví gemir en las serenas noches; la ví gozar, en las tempestuosas de huracanados vientos y de nubes negras, como cortinas flotadoras... y en esas noches de ventisca y nieve; en esas noches, que con furia indómita el aquilón rebrama y serpentea y el tronco añoso de la encina dobla y grita y ruje, cual gritar debían en danza triste, las visiones hórridas de los desesperados, que del mundo, sin fe se alejan, sin la luz de gloria, que en el fanal purísimo del pecho, es como el cáliz en la fresca rosa; en esas noches en que el mar levanta su salvaje canción, que el alma atónita y estremecida escucha, porque en ella suena punzante y sostenida y ronca; en esas noches del invierno triste; en esas noches de terror, medrosas, yo la he visto dejar el hogar santo: como la soledad, cuitada y sola; como la noche, grave y enlutada; cual la culpa, velada por la sombra; como el afán, inquieta y palpitante, la ví avanzar con ligereza mórbida, tal vez como si huyera de sí misma, ó impaciente quizás, porque las hojas de su pudor no estaban aún deshechas: al beso impuro de candente boca!!! Miré en girones las divinas gasas, por la impureza y el pecado rotas... y ví, Dios mío, su desnudo seno, donde libó el amante la ponzoña de los amores lúbricos..... Dios mío..... y no pude ver más.

... ni aún ví la cólera de un esposo ultrajado, que con sangre los pedazos uniera de su honra!!!

Se alzaba ya la diestra omnipotente sobre la desgraciada pecadora: iba el rayo divino á aniquilarla, cuando Himeneo, con la faz llorosa dijo, cuitado y suspirante y dulce: —Ya tu misión cumplí, Señor, y ahora, déjame que á tus plantas, de rodillas implore la piedad. ¡Señor..... perdona! Perdona á esa mujer... ¡No es tan culpable!

¡Si es que su pensamiento se remonta, las alas al tender, á otras regiones donde se pierde! ¡Si es que le ocasiona la misma exaltación de sus ideas, la base de su mal! ¡Si luego llora la culpa que engendró! Su valor mismo, las hace sucumbir, que así son todas; buenas, pero el error las precipita: si á la mujer se quiere en su grandiosa y sublime verdad, oh tú, Dios mío, niégale el pensamiento y haz de roca su corazón, ó que le den los hombres mundos más grandes, donde las hermosas fuentes de su saber, derramen perlas, sin la capa sutil que las enloda.—

Oí yo en sueños lo que hablaba el ángel, y dije, al ver sus manos temblorosas, que á Dios alzaba en ademán de súplica. —Por ella, el ángel, compasión implora, y será perdonada y bendecida.

¡La mujer! Me parece la congoja de una felicidad que nos sorprende; nos embelesa, pero nos agobia: de un crisol me parece que es brotada, donde al calor de llama misteriosa, en confusión revuélvense, divina, el misterio y el llanto y el aroma de Dios y de las penas y las flores: crisol tan misterioso y de tal forma, que una Eva arrojó en el Paraíso, y que una Juana D'Arc llevó á la Historia, y su matrona púdica á las Galias, y su asquerosa meretriz á Roma, y en rara paridad, demonio y santo, dió una madre á Nerón y á Jesús otra. Por eso, la mujer, es fuerte y débil; pero aunque pobre y aunque pecadora, la mujer, es el arte, el sentimiento, y luz y vida y esperanza y gloria; es lo bello que todo lo engrandece; el orgullo de Dios. Su mejor obra.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO.

LA MUJER RUSA EN EL SIGLO XVII

(CONTINUACIÓN.)

Apenas instalada, dábanle á la reina su corte, palacios, posesiones, y quintas, pudiendo gobernar soberanamente en ese pequeño círculo, asignándole por su rey y esposo, mas no tenía otra salida de estos sus dominios que el oratorio y el dormitorio. Falta de cultura intelectual, ya que en aquel tiempo no se exigía á ninguna mujer, la reina no podía ocuparse en nada que requiriese esfuerzo mental. Recibiendo escasas noticias acerca de lo que sucedía en el mundo, no podían interesarle los hechos cuyas causas y circunstancias ignoraba; además tan sólo veía de cerca á su esposo, á las mujeres que formaban su corte, y alguna vez á los embajadores, girando en este círculo estrecho hasta su muerte. Pero si tenía la desgracia de carecer de hijos, esperábala el divorcio, la reclusión en un convento, convirtiéndose así la semi-prisión en prisión completa.

¿Qué debía, pues, hacer? Comía, bebía, rezaba en casa, salía á rezar á las iglesias, capillas, conventos y ermitas, construía templos, daba limosna, practicaba las costumbres, ceremonias y usos de la Rusia, inspeccionaba los trabajos que se hacían en sus aposentos, la economía rural de sus quintas, ataviábase y finalmente cumplía las obligaciones de esposa y madre. A esto se limitaba el círculo de actividad de la reina de Moscow.

La indicación de este modo de vivir dedúcese del *Gobierno de la casa cristiana*, en el cual se dice: Conviene *no descuidar ni una sola* función de iglesia, rezar amenudo en casa, leer los preceptos de la Iglesia, *debidamente, no aprisa*, honrar á los sacerdotes, ofrecer *dádivas para la salud y la salvación*, dar de comer á los *mendigos* y á las *personas relacionadas con la Iglesia*, visitar las cárceles y procurar *vivir según el modelo monacal*. Hé aquí en pocas palabras condensado el programa de como vivía antiguamente en Rusia, no tan sólo la reina, sino toda mujer honrada, hallándose así la vida doméstica de la familia rusa enlazada inquebrantablemente con los sucesos importantes de los conventos, que de esta manera constituían un miembro, influyente por cierto, de la familia.

Semejante uniformidad y monotonía, á pesar de toda la abundancia de ocupaciones mecánicas, no satisfacía siquiera á la mujer rusa del siglo XVII, pues todos esos pasatiempos no impidieron que en el bello sexo del reino moscovita se manifestara el



deseo y curiosidad de ver con sus propios ojos lo que sucedía fuera de aquel círculo estrecho en que sólo se rezaba. En este sentido el deseo de la reina era más fácil de satisfacer que el de cualquiera otra, comenzando á emanciparse paulatinamente de la obligación perentoria de ir á misa con permiso del czar, valiéndose para su objeto de una indicación del libro mencionado que tan rigurosas obligaciones

representaban en conjunto un peso tal que requería una fuerza física considerable para poder andar con el traje y llevarlo puesto algún tiempo. Es verdad que semejante traje se vestía sólo en ocasiones solemnes, pero aún el traje ordinario de aquella época era sumamente pesado é incómodo.

(Se concluirá.)

AIRI-VANK.

El matrimonio de la bella actriz americana Mary Anderson con el duque de Portland, que se daba como seguro, no se verificará, á ser cierto un despacho reciente de Londres. Esta actriz, cuya virtud y amor filial corren parejas con su hermosura, ha declinado la oferta formal del noble lord y anunciado que piensa trabajar algún tiempo para su madre y retirarse después á un convento.



¡PARA SIEMPRE! cuadro de Andriolli.

MISCELÁNEA.

El día 20 del pasado tuvieron lugar en la Escuela Nacional de Música de Madrid los ejercicios dramáticos y líricos prescritos por el reglamento.

Púsose en escena el acto 3.º del drama *Hija y Madre*, en el cual se distinguieron las Srtas. Zapata, Cea y Hernández.

Llamó la atención la Srta. Otuña, alumna del Sr. Zabalza, por la brillante ejecución en el piano del prelude de la primera fuga de Mendleson, y una fantasía sobre *Don Pasquale*.

Entre las poesías catalanas que contiene el álbum que se presentó á S. A. la infanta D.ª Paz, figuran composiciones de nuestras distinguidas colaboradoras D.ª M.ª Josefina Massanés y D.ª Dolores Monserdá de Maciá así como también de las Sras. Penya de Amer y Vall dama además de las firmadas por los Sres. Balaguer, Guimerá, Collell, Soler, Verdager, etc.

IMPORTANTE Á NUESTRAS SUSCRITORAS DE BARCELONA.

Según anunciamos en nuestro número 15, las clases de idiomas gratuitas para las suscriptoras de la ILUSTRACIÓN DE LA MUJER se hallan establecidas en la calle Nueva de San Francisco, 14, 1.º, domicilio de nuestro distinguido colaborador el reputado poliglota Dr. D. Gaspar Sentión, los lunes, miércoles y viernes, de 7 á 8 de la noche, para la enseñanza del inglés.—Los martes, jueves y sábados, á la misma hora, para el francés, invitando á cuantas deseen participar de ellas en dichos idiomas, así como en los otros que tenemos indicados, para lo cual, tendrán que ponerse de acuerdo previamente con esta redacción.

Barcelona: Imp. de Luis Tasso, Arco del Teatro, núms. 21 y 23.

Reservados los derechos de propiedad literaria y artística.

imponía. Léase un párrafo en él que decía: «Las casadas irán á la iglesia cuando puedan buenamente, tomando para esto consejo de su marido.»

El tiempo se empleaba después de cumplir los preceptos religiosos en el *apoyento claro* de su casa palacio. Este *apoyento claro* era un espacioso taller, en el cual centenares de trabajadoras preparaban el lienzo, tejían encajes, bordaban con seda, plata, oro y piedras, cosían trajes, adornos y objetos de iglesia, exceptuando los vestidos femeninos que por su grosor y peso no se hacían por mujeres, cuyas fuerzas no bastaban para manejarlos; para esto había hombres que cortaban, cosían y planchaban debidamente el damasco, terciopelo, paño y brocado, etc. Más de una vez sucedió que la joven elegida para compañera del czar de Moscow, no podía moverse con el traje de ceremonia, pues las pedrerías, metales y tejidos



Correspondiente al núm. 18 de «La Ilustración de la Mujer»
Barcelona 15 de Febrero de 1884.

SUMARIO:

TEXTO: Revista de salones y modas, por Doña Josefa Pujol de Collado.— Explicación de los grabados, por F.—Aprended flores de mi, (historia y novela), por D. Domingo Cabré y Estany.—Trova, por D.^a Luisa Durán de León.—Las Señoritas de Montrobert, por E. Marcel, (continuación).—El pecado de Magdalena, por ... (continuación).—Sección recreativa.

GRABADOS: 1 y 2. Trajes de novia y de boda.—3. Sombrero con fondo replegado.—4. Pulsera de fantasía de figuritas de oro y plata con esmalte.—5. Peinado de casa.—6 á 10. Pequeño panorama de trajes de baile y de recepción.—11. Peinado de casa.—Espalda del n.º 5.—12. Pulsera de oro y esmaltes con argolla y guardapelo llamadas Port-bonheur.—13. Casquette de alas anchas adornado por una pluma.—14. Sombrero de fondo replegado visto por detrás.—15. Chaqueta Susana «delantero».—16 á 22. Panorama de trajes de baile y soirée.—23. Casquette de alas anchas adornado

de una pluma. Delantero del modelo n.º 13.—24. Chaqueta Susana «espalda».—Trajes de máscara para niños.—25. Traje de reina de mar.—26 á 29.—Trajes de pierrotte, teléfono y peregrino.—30. Traje de gatita.—31.—Traje Maria Estuardo, visto por detrás.—32. Traje Maria Estuardo, visto por delante.—33. Traje con chaleco y cuerpo chaqueta para niña de 8 á 9 años.—34. Traje de recepción «Emperatriz».—35. Traje con cintura Médicis para niña de 6 á 8 años.

FIGURIN ILUMINADO: Trajes de visita y de recepción.

REVISTA DE SALONES Y MODAS.

en los hombros con perlas y flores de azahar, y cayendo luego á lo largo de la falda sobre toda la ex-

tensión de la cola, espléndida como la de una reina. El novio iba de uniforme, casaca blanca bordada

Ya que hemos concedido preferente atención, queridas lectoras mías, á los preparativos de la boda de Pepita Serrano, justo es que hoy, siquiera sea brevemente, demos cuenta de la ceremonia nupcial.

Con asistencia de S. M. el rey D. Francisco de Asis, tuvo lugar la ceremonia católica en la capilla de la embajada española en París, bendiciendo á los príncipes el párroco de Santa Clotilde.

La hija del duque de la Torre vestía sencillo traje negro y mantilla de blondas, negra también.

En cuanto al matrimonio ruso, se celebró con extraordinaria magnificencia en la capilla de la calle de Darú, saliendo al pórtico de la iglesia á recibir á los invitados todo el personal de la embajada, de gran uniforme, acompañado por los marqueses de Valcarlos y Vista Florida, el conde de Rubio Guillén, y los Sres. Sagrario, Perrojo y Dupuy de Lome.

En magnífico coche de gala llegaron los novios á la iglesia, siendo recibidos por el arcipreste Demetrio Wassilief y el diácono Jorge Tesseliky.

Lucía la hermosa novia elegante traje blanco brochado de plata con gran cola enriquecida por valiosos encajes. La delantera, toda bullonada, la adornaban flores de azahar; una diadema de brillantes ceñía su frente y un espléndido velo de punto de Inglaterra cubría su cabeza, sujeto artísticamente



1 y 2.—Trajes de novia y de boda.

de oro, pantalón negro ceñido y bota alta de montar. En cuanto al duque de la Torre, vestía de frac, ostentando el Toisón de oro y el gran cordón de la Legión de Honor.

También vestían lindísimos trajes la duquesa de la Torre y la condesa de Santovenia. El traje de la primera era de terciopelo color malva con encajes, capota de la misma tela con encajes de oro y plumas; la segunda de esas damas vestía de raso gris con encajes negros y ramos de rosas.

Ventura Serrano, de raso color plata y sombrero mosquetero.

El templo presentaba imponente aspecto, realzando notablemente el conjunto los caballeros guardias de la emperatriz de Rusia, con sus dormanes blancos y sus rojas casacas bordadas de oro.

La ceremonia del casamiento ruso es bien sencilla; se reduce á beber tres veces los novios en una misma copa, y dar, enlazadas las manos, tres vueltas al rededor del altar. Arrodilláronse luego; dos caballeros guardias y suspendieron sobre sus cabezas las nupciales coronas; después de la consagración del matrimonio, dieron los príncipes la vuelta al templo con objeto de recibir las felicitaciones de la concurrencia.

Terminado el acto, todos se dirigieron á la embajada, cuyos dilatados salones se hallaban materialmente atestados de rosas y camelias.

El aristocrático Jockey-Club envió un colosal ramo

de camelias de dos metros de alto, y al penetrar la comitiva en el palacio de la embajada, se ofreció como de regalo á las señoras invitadas un elegante saquito de raso blanco lleno de bombones, con una J y una K bordadas en oro; á los caballeros se les repartió una rama de flor de azahar.

Como la ceremonia tuvo lugar por la mañana, se ofreció un espléndido almuerzo á los invitados; á las siete de la tarde salieron los nuevos esposos de París. El traje de viaje de la princesa de Kotchoubey era de gró verde guarnecido con pieles.

El último baile dado por los condes de Casa-Sedano no desmintió la fama de sus organizadores.

Las innumerables luces acumuladas en los salones reflejaban sus rayos sobre multitud de objetos de arte allí reunidos, contribuyendo á aumentar los encantos de la espléndida fiesta las muchas y bellas damas que invadieron la señorial morada.

La amable condesa recibía á sus convidados en la puerta del salón hallando para cada uno de ellos una frase cortés ó cariñosa.

Nada diremos de los trajes, porque todos eran elegantísimos y del mejor gusto.

Además del elemento femenino, el más importante para este género de fiestas, concurren los ministros, una buena parte del cuerpo diplomático, grandes títulos y notables políticos.

Se bailó mucho, y la fiesta dejó agradables y mercedísimos recuerdos.

La atención general del mundo elegante se halla fija en los preparativos para el baile que los duques de Fernán-Núñez han anunciado para el 12 del actual. Es proverbial la esplendidez, la suntuosidad verdaderamente regia de que saben revestir sus fiestas los opulentos duques, así es que se espera con ansiedad la llegada del día 12.

Prometemos á nuestras adorables lectoras descripción detallada de la fiesta.

Entre tanto, y á vuela pluma, diremos que el miércoles último se bailó en casa la baronesa de Goya-Borrás, en casa de los marqueses de Narro y en la de la Sra. de Ruiz.

Anúnciase para la próxima semana el regreso á Madrid de los duques de la Torre.

Al escribir la crónica madrileña de estos últimos días, al mencionar siquiera sea brevemente los más importantes acontecimientos del gran mundo, no debemos dejar pasar en silencio el brillante baile organizado en los salones del Conservatorio por la marquesa de Villamejor, condesas de Torrejón, Niquena, Peña Ramiro, Benahavía y Sras. de Paje de Monsalve y Camarón, pertenecientes todas á las juntas de las parroquias de San Justo y San José.

El salón de baile ofrecía un aspecto deslumbrador, sorprendente; multitud de damas movíanse en todas direcciones como enjambres de brillantes é inquietas mariposas, y sus gallardas figuras repetidas hasta lo infinito por soberbios espejos, producía delicioso vértigo é inexplicable aturdimiento á los aristocráticos galanes. Entre las muchas señoras que vimos cuyos nombres nos es imposible recordar, mencionaremos á las duquesas de Valencia y Tamames, marquesas de Estella, Nájera, Molins, Bermejo, Coquilla, Villamejor, Roncali, Almenas, Santa-Marta y Campo-Sagrado, condesas de la Patilla, Villagonzalo, Balmaseda, Ripalda, Asmir, Peñalver y Venazuza, sin olvidar las vizcondesas de Aliatar é Irueste.

Una nutrida orquesta tocó escogidas piezas de baile, y el *buffet* fué servido por Lardhy con el buen gusto que acostumbra.

Hasta ahora el capricho, el buen gusto natural ha sido el único auxiliar de las damas en el difícil arte de adornarse; hoy la ciencia más humana, menos adusta que en los antiguos tiempos, dedica sus ocios á embellecer á la más dulce mitad del género humano.

En lo sucesivo contamos con un nuevo género de alhajas; las *alhajas eléctricas*.

El distinguido ingeniero francés Mr. Trouvé ha perfeccionado la lámpara de incandescencia, construyendo otra lamparilla casi microscópica, á la cual rodea un aderezo montado con varias piedras de *strass* blanco ó de colores, provistas de sus correspondientes facetas.

En esta lámpara el foco luminoso ocupa posición fija, convirtiendo á cada piedra de las que componen el aderezo en un verdadero lente, la lamparilla y la

alhaja se comunican por medio de dos hilos conductores con la correspondiente pila. Todo, lámpara y pila, se hallan encerradas en una cajita de *caoutchouc* endurecido, cuya tapadera se sujeta á su vez con dos cintas de goma muy elásticas. Dos botones parten de la tapa recibiendo los hilos conductores que van á la alhaja, iluminando las diferentes piezas de que esta se compone.

El aparato se puede llevar en el bolsillo ó entre los pliegues del *pouf*, sin que se note su presencia, y sobre todo en el teatro, en el baile, donde haya luz artificial, los efectos producidos por las *alhajas eléctricas* son en verdad maravillosos.

Entre las alhajas recientemente construidas por Mr. Trouvé, figuran collares, diademas, horquillas, alfileres de corbata, etc., etc.

En el baile *La Farandola* que actualmente se pone en escena en la *Opera* de París, una de sus principales novedades se cifra en las diademas eléctricas que ostentan las bailarinas.

Celebrose la función religiosa de la Candelaria en Palacio con la acostumbrada solemnidad, oficiando un capellán de honor, cantándose la misa en *sol* del maestro Zubiaurre, y el andante de la sexta sinfonía de Haydn.

Asistió la grandeza española casi en masa y la alta servidumbre de Palacio. Vestía S. M. el rey de capitán general, con la banda de San Fernando y los collares de Carlos III y el Toisón.

S. M. la reina, cuerpo y manto de terciopelo azul plumizo con sobrefalda de raso y aderezo de zafiros y brillantes.

La infanta Isabel, de terciopelo y raso grana, bordado en oro y aderezo de perlas, y la infanta Eulalia elegantísimo traje de terciopelo rojo con delantal de raso blanco, adornado de pájaros, mantilla de blonda blanca y precioso alfiler de coral.

Las damas que acompañaban á las augustas personas ostentaban casi todas insignias de la orden de María Luisa, mezcladas con condecoraciones austriacas y portuguesas.

Bendijo las candelas el Patriarca de las Indias.

Siguen las corrientes de la moda, amadas lectoras mías, la misma inclinación marcada en mi revista anterior; hoy la curiosidad femenina, en los asuntos á la moda concernientes, pugna por averiguar algo que nos dé luz, algún indicio, por leve que sea, respecto á las novedades que se preparan para la próxima primavera. Pero por ahora todas las tentativas han sido inútiles, todavía el frío no se ha despedido por completo de nosotros, y mientras el invierno asome su nevada cabeza por las enhiestas cumbres del pérfido Guadarrama, la primavera, esa joven deidad, grata á todos los corazones, no nos favorecerá con sus candidas sonrisas, á cuyo influjo brotan espontáneamente en nuestros campos las florecillas silvestres, que sólo reconocen como amoroso jardinero á Dios, oculto bajo el pródigo manto de la adorable naturaleza.

De terciopelo y cachemir hemos visto un precioso traje, propio para reunión, que nos ha gustado en extremo. La falda era de cachemir con plegados bastante anchos y la túnica muy larga y drapeada de terciopelo con elegantes flecos guarnecida; todo el traje era de color azul plumizo, y el cuerpo se abría sobre un chaleco de raso con pequeños pliegues del mejor efecto. Este traje también puede servir para paseo, completándole con un sombrero de fieltro forma *Rubens* ó *Mosquetero*, adornado con pájaros americanos.

Para traje de casa nada tan conveniente como una falda lisa de lana gris con anchas tiras de terciopelo, dos pequeños *paniers* y una chaquetilla abrochada con botones.

En el *trousseau* de una aristocrática joven, de cuyo enlace dimos cuenta en la anterior revista, tuvimos ocasión de admirar un traje de baile de la más perfecta elegancia y distinción. Era de terciopelo azul brochado, guarnecido con ricos encajes negros, lo mismo la espléndida cola que el gracioso delantal. Cuerpo escotado con encajes, manga hasta el codo y guantes largos de riquísima piel de Suecia. Servía de complemento al traje una diadema de perlas de la más hermosa y limpia blancura, formando el broche del collar que le acompañaba y las pulseras, tres de extraordinario tamaño y pureza.

Mucho más podría decirnos, queridas lectoras, en la presente revista, pues la última quincena, así como ha sido fecunda en acontecimientos notables para la literatura patria, no lo ha sido menos en los risueños dominios de la moda, pero no disponemos

de mayor espacio para la acostumbrada revista, y por lo tanto ponemos aquí punto final, reservándonos lo que en ella no tiene cabida para la próxima.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Madrid 8 Febrero 1884

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

1 y 2.—Trajes de novia y de boda.

1. Traje de desposada.—Falda de raso adamascado, guarnecida de volantes de encaje; en el borde, dos plegaditos de raso blanco. El doble delantal va drapeado al costado, recogido muy alto sobre la cadera: una rama larga de capullos de flor de azahar figura sujetar el drapeado. *Puf* cayendo en forma de cascada. Cola larga, guarnecida de encajes. Cuerpo con punta atrás y adelante, fruncido en el cuello. Ramo de flores de azahar en el pecho. Corona ligera de las mismas flores. Velo grande puesto á la judía y tan largo por detrás como la cola.

2. Traje de boda.—Falda primera de otomana, compuesta de cuatro volantes guarnecidos de terciopelo de realce negro sobre fondo color *oro viejo*. Delantal cortop por delante y drapeado sobre el *puf*. Visita de terciopelo de realce negro, sobre fondo de *oro viejo*, adornada de franja de felpilla mezclada con hilos de cuentas de oro. Bordados de pasamanería negra, perlada de oro. Sombrero de terciopelo granate, guarnecido de otomana del mismo color. Plumas *oro viejo* y granate. Este mismo traje se puede hacer todo negro.

3. Sombrero con fondo replegado.—El borde del ala va rodeado de un bullón de terciopelo de cinco centímetros de ancho el fondo, cubierto por un pedazo de terciopelo cortado en punta de *fichú*, que se pone estirado y se pliega de costado para concluir en el borde. Este sombrero, de terciopelo *loutre*, va adornado de una pluma muy larga y muy rica, y que debe tener diferentes tonos de color marrón. Sujeta esta pluma por delante, sobre el ala, un rico alfiler de bronce.

4. Pulsera de fantasía, de figuritas de oro y plata, con esmalte.

5. Peinado de casa.—Nuestros modelos 5 y 11 dejan ver el peinado por delante y por detrás, que es muy sencillo y fácil de ejecutar. El pelo por delante se riza á ondas; el demás cabello se reúne y se coloca encima de la cabeza, y se hace el retorcido de modo que quede en bucle el cabello desde la nuca. Se retuerce á uno de los costados para formar el *ocho*, y del resto del cabello se forma el otro lado. Esto si son bastante largos; sinó se enrollan á los dedos, de modo que formen una coca aplastada, sujeta por medio de horquillas. Este peinado se adorna por medio de pequeños peines puestos de costado, ó con horquillas de búfalo ó concha, elegantes.

El mismo peinado, añadiéndole horquillas de oro, de coral, de perlas ó brillantes, puede servir para *soirée*.

6 á 10.—Pequeño panorama de trajes de baile y recepción.

6. Traje de baile para jovencita de 16 años—Falda corta de gasa color rosa, compuesta de 3 volantes, cada uno de los cuales lleva un encaje bordado de sedas de colores. Túnica de tafetán *rosa pálido*, con doble *puf* por detrás, recogido por cintas de raso blancas. Escote redondo, guarnecido de encajes como la falda. Pelo rizado y suelto, recogido con un lazo de color de rosa.

7. Traje de terciopelo y faya—Falda lisa de rico terciopelo granate. Delantal con pico delante, de faya granate más claro. Este delantal, que va abierto hasta la cadera derecha, dejando ver toda la falda lisa, da vuelta por la izquierda para formar el *puf*, yendo á reunirse con el adorno de rica pedrería que lo sujeta en la cadera al delantal.

Cuerpo coraza, de terciopelo. Del hombro izquierdo parte un *fichú fedora*, que atravesando el pecho va á reunirse al broche de la cadera. Al lado de este *fichú* va un ramo de flores. Igual adorno en las mangas. Diadema de pedrería en la cabeza.

8. Traje de cola, de raso azul pálido con realce de flores de sedas y oro.—Primera falda corta, de damasco de realce, sobre la cual va un delantero de raso azul pálido, bordado de preciosas flores de seda y oro. Cola de raso liso color *oro viejo*, adornada en el borde con picos dobles como el delantero, y preciosas guirnaldas de margaritas que van colocadas de trecho en trecho. Cuerpo escotado y pico por delante y por detrás de raso liso, adornado el peto con raso de realce como el delantero, y todo el borde con damasco de realce como la primera falda. Hombros de flores. Peineta de perlas, de la que pende una moña de cintas. Abanico de plumas.

9. Traje de faya y raso de realce.—Falda corta de faya color azul oscuro, toda plegada. Dos pabellones en forma de *paniers* parten del pico de adelante y van á ocultarse debajo de la cola. Estos *paniers* de faya van guarnecidos de riquísimos flecos de seda y perlas. Cuerpo con cuello *Médisis*. Pico corto por delante, y desde las caderas con forma *redingot* que cae hasta el suelo formando anchos pliegues. Camiseta interior de fina bastista con gola. Flecha de perlas en la cabeza.

10 Traje de baile con guirnaldas de rosas.—Primera falda de raso amatista. El delantal lo forma un ancho encaje, sobre el cual va una guirnalda de rosas encarnadas. Por debajo del encaje parte un drapeado de raso blanco que va a fijarse en la cadera derecha. Falda formando *paniers*, de raso rojo, que cae derecha por detrás a pliegues largos. Cuerpo de pico escotado, guarnecido con guirnaldas de rosas rojas. Igual adorno en la cabeza.

11. Peinado de casa.—Espalda del número 5.

12. Pulsera de oro y esmaltes con argolla y guarda-pelo, llamadas «Port-bonheur».

13. Casquette de alas anchas, adornado por una pluma.—Este modelo se hace de terciopelo color bronce. La copa es muy ancha y tendida para adelante, y el borde de dicha copa va ligeramente bullonado todo al rededor. El ala derecha tiene 9 centímetros de ancha, y lleva en su borde un *bies* de terciopelo, que vuelto para adentro cubre el interior del ala. Este sombrero *casquette* se coloca derecho en la cabeza. Va guarnecido por un lado con un *bies* de terciopelo doble, con un lazo en forma de roseta, y sujeto con un adorno fantasía, de metal. Pluma larga gris, de diferentes tonos, sale por debajo del adorno de metal, cayendo muy baja por detrás.

14. Sombrero de fondo replegado, visto por detrás.

15. Chaqueta «Susana», delantero.—Falda de raso rubí, drapeada por delante con un pequeño *boufant* en forma de abanico. Chaqueta Susana, de terciopelo de realce color granate, sobre fondo rubí. Pequeño escote cuadrado, y abierta la chaqueta sobre un chaleco puntiagudo de otomana rubí, con doble hilera de botones. Charreteras, y lazo en el pecho, de raso granate. Un elegante *coquille* de encaje encuadra el escote del cuerpo, el cual termina por detrás en postillona forma abanico. Un pequeño cuello *Médicis* añade la nota de buen tono a este traje graciosísimo y nuevo.

16 á 22.—Panorama de trajes de baile y soirée.

16. Traje de baile.—Este elegantísimo traje se hace de terciopelo granate y otomana color salmón. El borde de la falda va adornado de dos plegados de otomana granate. Por delante y en los costados, falda de otomana salmón, con plegados de arriba abajo, y recortados en el borde á ondas redondas. Cuerpo *redingotte* de terciopelo granate, formando por delante dos picos muy acentuados y por detrás pliegues anchos. Tres *écharpes* sujetas á la derecha del pecho por medio de ramos de *misiotis*, adornan todo el pecho. Se dividen estas tres *écharpes* por medio de tiras de terciopelo. Una ancha y riquísima *écharpe* de encaje atraviesa la falda en *bies*, y se ata por detrás sobre el *puf*.

Gran ramo de *misiotis* en la cadera derecha.

Escote redondo y pequeñas mangas de encaje. Suelen emplearse en este traje 20 metros de otomana y terciopelo.

17. Traje de baile, de encaje y crespón de la China.—Falda corta, adornada con 6 volantes de encaje color crema. Túnica de crespón de la China color rosa, fruncida á la cintura, sujeta abajo en *écharpe* cruzada, adornada de encaje. Cuerpo con punta por delante y por detrás. Escote en forma de corazón. Del hombro derecho á la mitad del pecho, berta drapeada de encaje, y del hombro izquierdo á la berta, una guirnalda de rosas cruzando el pecho á la cadera derecha, terminando por un ramo. Mangas cortas bullonadas, con volante de encaje. Se suele gastar en este traje 12 metros de crespón.

18. Traje de baile para señorita joven, de suráh azul pálido.—Falda redonda, adornada de dos plegados de suráh formando hojas. Otra falda plegada en forma de delantal á los costados y cortadas á picos agudos en el borde. El drapeado va levantado en cocas, adornando los costados, y por detrás una *écharpe*, pasando por debajo del peto del cuerpo, atraviesa el delantal y se recoge al costado izquierdo por medio de dos magníficas rosas blancas. Cuerpo con punta por delante y por detrás. Por delante va abierto sobre una camiseta de encaje plegado. Grupo de rosas en el hombro izquierdo. En este vestido se emplean 20 metros de suráh.

19. Traje de baile, de terciopelo negro y brocado de oro.—Falda corta, adornada por dos plegados de raso maravilloso color oro: sobre el segundo plegado va una franja de felpilla y perlas. Túnica cruzada, de terciopelo, recogida en punta aguda al lado derecho y sujeta con un ramo de *oillates* rojas. Cola larga, también de terciopelo, sin ningún adorno. Cuerpo en punta por delante, figurando pequeña chaqueta plegada por detrás. El escote redondo y adornado de una *écharpe* que cruza del hombro derecho á la cadera izquierda, concluyendo por un ramo de *oilletes*. La falda que va debajo de esta túnica es de brocado de oro con ondas redondas en el borde, rodeadas de perlas. En este traje se emplean 24 metros de seda y terciopelo.

20. Traje de baile, de gasa color rosa.—Falda corta, con un pequeño plegado de raso maravilloso de color rosa. Volante alto con plegado fino, sobre el cual va un volante de encaje recogido á la izquierda por un bonito ramo de margaritas blancas. Sobre este, otro volante plegado, con otro de encaje encima y recogido por el mismo adorno. *Echarpe* cruzada de izquierda á derecha, de gasa rosa, atada por detrás de una manera caprichosa, pero que quede el *puf* encima del pico del cuerpo. El escote es muy redondo. Todo el peto del cuerpo va adornado por un *plastrón* bordado. Ramo de margaritas en el hombro

derecho. Se necesitan para hacer este traje 20 metros de gasa.

21. Traje de baile para señorita joven, de velo crema.—Falda corta, cubierta casi hasta arriba por volantes pequeños, plegados y fruncidos. Una doble *écharpe* pasa por delante y por encima del cuerpo. Los plegados van recogidos en la cadera derecha, de donde parte una segunda *écharpe* drapeada sobre la primera. Por detrás se levanta en *puf* pequeño. Un gracioso cuerpo de escote redondo, sobre el cual va un pequeño bullonado. Por delante lleva cinco fruncidos formando camiseta. Un lazo de cinta de raso en el pecho. Mangas pequeñas de encaje. Este traje gasta 11 metros de velo.

22. Traje de soirée, de terciopelo rojo y otomana color hueso.—Falda corta, adornada de un volante otomana. Túnica de otomana cruzada y cortada en el borde á picos redondos. En el cruzado de esta túnica van *coquilles* de encaje. Cuerpo *redingote*, de terciopelo rojo, formando por delante chaqueta. En la cadera izquierda, lazo flotante de otomana roja que va colocada sobre un encaje dispuesto también en *coquilles*. La *redingotte* por detrás cae en anchos pliegues.

El cuerpo es alto por detrás, y por delante escotado redondo, adornado por una rica *écharpe* de encaje con un drapeado muy gracioso, con una joya de esmalte y pedrería al lado izquierdo. Manga hasta el codo, adornada de raso y encaje.

23. «Casquette» de alas anchas, adornado de una pluma.—Delantero del modelo número 13.

24. Chaqueta «Susana». Espalda.

25. Traje de reina de mar.—Falda corta, de raso maravilloso color verde mar, sobre la cual van colocadas algas de mar, y esparcidas, no con simetría, sinó con buen gusto, pequeñas langostas, caracoles de nácar, plantas acuáticas. Una guirnalda de pequeños caracoles y plantas marinas atraviesa la falda por delante, recogándose en los costados por medio de una langosta. Bajo los caracoles y las langostas va una ancha franja de algas de mar. Este mismo adorno se repite en la cintura y en el escote. Pelo rizado, ondulado y tendido, salpicado de preciosos caracoles de nácar. Una linda gaviota con las alas extendidas corona la cabeza. Alas de gaviota en los hombros. Dos magníficas conchas de madre perla, adornan el bajo del cuerpo.

Trajes de máscara para niños.

26. Traje de pierrette.—La falda es de lana azul y termina por tres plegados lisos, casi cubierta por la blusa fruncida, cortada abajo por picos agudos, terminando cada uno por un *pom-pom* de seda. Los mismos pompones figuran abrochar la blusa en el pecho. Gola voluminosa al rededor del cuello. Mangas cortas y huecas. Una *écharpe* de seda azul drapeada y atada atrás. Sombrero de fieltro, adornado de un *pom-pom* grande azul. Zapato blanco con lazo de cinta azul.

27. Traje de pierrotte.—Se hace de cachemir blanco. El pantalón muy ancho y largo hasta el pié. La blusa con mangas anchas y adornada de *pompones* de lana azul. Gran gola de muselina. Sombrero de fieltro, puntiagudo, con las alas vueltas, y adornado de *pompones* azules. Zapato blanco con *pom-pom*.

28. Traje de fantasia-telefono.—Este preciosísimo traje se hace de raso azul claro, gasa de seda y terciopelo color bosque. La gasa de seda va sembrada de ligeros puntos dorados, y se hacen con ella la camiseta y las mangas; y la falda, que es de raso azul claro, va guarnecida de dos tiras de terciopelo y un encaje en el borde, y sembrada de relámpagos de oro. El cuerpo, escotado en punta, lleva un vivo de raso. Largos puntas de terciopelo caen sobre la falda, y el adorno de cabeza figura un aparato telefónico. Guantes *Jersey* azul: medias de seda, bordadas de oro. Zapatos de terciopelo.

29. Traje de peregrino.—Una blusa larga atada á la cintura con un cordón. En el borde lleva una tira de terciopelo, sobre el cual van colocadas bonitas conchas. Mangas anchas. Capa con cuello de terciopelo, sujeta por medio de dos conchas. Sombrero de fieltro negro, de alas anchas. Calzado, sandalias. Bordón y calabacita de plata.

30. Traje de gatita.—Este caprichoso traje sentará muy bien á una *pollita* de 15 á 16 años. Se hace de felpa gris, falda corta, y toda ella salpicada de cabezas de gato. Cuerpo cotilla; rodeando el escote y el borde de la chaqueta, colas de gato. En los hombros, una cabecita más pequeña, en forma de broche. *Casquette* cabeza de gato. Collar de cola de gato. Completan este traje, medias de piel blanca, con garras sobre la punta del zapato, y guantes *idem*.

31.—Traje «María Estuardo», visto por detrás.

32. Traje «María Estuardo», visto por delante.—Este riquísimo traje se compone: falda interior de raso color oro con bordados de seda y pedrería. Cinco bieses de oro parten del peto del cuerpo, por delante, bajando á rodear todo el borde de la falda interior. Vestido de terciopelo negro, guarnecido de un ancho *bies* de raso azul con bordados de oro y dos trencillas del mismo metal. El *bies* de raso que cae sobre el delantal lleva botones de pedrería. Cuerpo con aldetas, guarnecidas de galón de oro. Escote cuadrado, guarnecido de *bies* de raso y pedrería. Manga ancha perdida, adornada de lo mismo y recogida de trecho en trecho con broche de pedrería. Camiseta de gasa con festón de oro *María Estuardo*. Toca *Estuardo* de terciopelo negro con bordados de oro, y todo el borde de

delante guarnecido de perlas. Velo de tul prendido por detrás y debajo de la toca.

33. Traje con chaleco y cuerpo chaqueta para niña de 8 á 9 años.—La tela de este vestido es de lana *veige*. Chaleco, cuello y puños de terciopelo granate. Botones grandes adornan por los costados la falda plegada todo al rededor, dejando una tabla ancha por delante. El chaleco, de terciopelo, concluye en dos puntas, y se abrocha con botones dorados muy juntos. La chaqueta abierta, y larga, va adornada de un cuello vuelto de terciopelo, lo mismo que las vueltas de las mangas.

34. Traje de recepción «Emperatriz».—Este riquísimo traje, de alta novedad, sienta divinamente á las figuras esbeltas, pues inventado por uno de los primeros sastres de París, está hecho para hacer resaltar la elegancia y morbidez de las formas.

Nuestro modelo está hecho de falda corta de raso color amatista, llevando en el borde un plegado de raso sobre el cual va un volante de preciado encaje *Chantilly*. Túnica emperatriz, de terciopelo amatista, bordado todo el borde con sedas y oro. Tres plegados por delante forman el drapeado, que va á ocultarse por detrás bajo el ancho pliegue doble que forma el ligero *puf*. Gran ramo bordado en el pliegue ancho, como así mismo en la espalda del cuerpo aldeana. Por delante y los costados el cuerpo tiene forma cotilla, y en el pecho igual forma que en la espalda. Camiseta de raso color amatista, sobre la que va camiseta plegada, del mismo rico encaje del volante. El escote de esta camiseta es de igual forma por delante que lo demuestra nuestro modelo por la espalda. Grupo de rosas en el hombro izquierdo, y rosas cerrando el encaje de las mangas. En la cabeza van cuatro medias lunas rubí, rodeadas de perlas.

35. Traje con cintura «Médicis», para niña de 6 á 8 años.—La falda y el cuerpo son de lana á cuadros. La falda va plegada con pliegues anchos y chatos. El cuerpo fruncido en blusa por delante y por detrás, y ajustado por una cintura *Médicis* de lana lisa ó de seda, lo mismo que la túnica, que va drapeada en forma de delantal por delante. Esta túnica se corta de 80 centímetros de ancho y 170 de largo. Por un costado debe quedar reducida á 66 centímetros de alto, y por el otro á 46 centímetros; las medias deben ser del color del vestido, y los zapatos *Molière*, abrochados por medio de gran hebilla.

FIGURÍN ILUMINADO.

Trajes de visita y de recepción.

Traje de visita.—Falda de raso rubí con aplicaciones de realce de terciopelo. El borde de esta falda lleva cuatro plegados de raso rubí. Túnica y cuerpo de otomana rubí. Una vuelta ancha de terciopelo del mismo color atraviesa el delantal y se recoge muy alto sobre el *puf*, y desciende para encuadrar el delantero de la falda. Aplicaciones de terciopelo rubí adornan el pecho del cuerpo que va abierto sobre un *plastrón* de raso rubí. Cuello y vuelta de mangas de lo mismo. Sombrero de terciopelo rubí, guarnecido de una *écharpe* de raso del mismo color, formando lazo. Grupo de plumas color de rosa.

Traje de recepción.—Falda de cachemir gris *ardoise* plegado: aplicaciones de terciopelo *ardoise*, en forma de punta de lanza, van colocadas sobre cada pliegue. Delantal drapeado de cachemir gris *ardoise*. Cuerpo de terciopelo gris del mismo color, con punta, va abierto sobre una camiseta *boufant*, de cachemir gris *ardoise*, cerrada por un cuello de terciopelo del mismo color. La túnica, de terciopelo, se abre en forma *redingotte*: en la punta del cuerpo se pone un lazo largo de raso *ardoise*. Por detrás, el recogido de la túnica va drapeado simplemente á grandes ondas.

Estos dos trajes han sido hechos expresamente en los elegantes talleres de modista de las señoritas Vidal, 104, *rue de Richelieu*, París.

F.

APRENDED, FLORES, DE MÍ.

(HISTORIA Y NOVELA.)



ADELINA era una señorita de diez y siete años, según rezaba su cédula personal, así como de estatura alta, de pelo rubio, de ojos negros, de nariz regular, de cara ovalada, de color sano y sin ninguna seña particular. (Esto es historia.)

Pero el retrato *administrativo* de Adelina, como todos los salidos de los talleres de *fotogravámenes* de la Administración, detallaba estas cualidades en género, ya que, en especie y con los debidos perfiles, debía decir: edad, diez y siete sonrisas primaverales; estatura, esbelta, flexible, gallarda; cabello, de oro, de ángel; ojos, luceros, soles; nariz, sin rival, perfecta; boca, de pétalos de clavel y gotas de rocío; cara, de ninfa, de sílfide, de náyade; garganta bruñida al torno, pecho túrgido y apretado, manos de reina y piés de querube. Señas particula-



3.—Sombrero con fondo replegado.



4.—Pulsera de fantasía de figuritas de oro y plata con esmalte.



5.—Peinado de casa.



6 á 10.—Pequeño panorama de trajes de baile y de recepción.



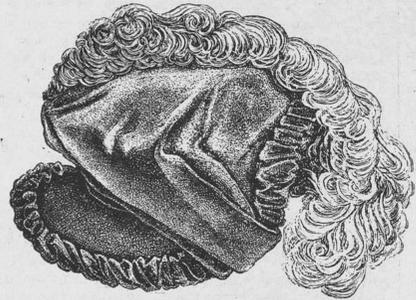
11.—Peinado de casa.—Espalda del n.º 5.



12.—Pulsera de oro y esmaltes con argolla y guardapelo llamadas Fort-bonheur.



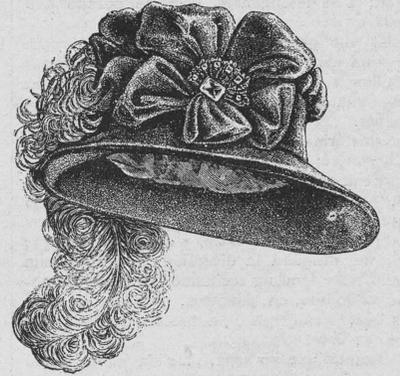
13.—Casquette de alas anchas adornado por una pluma.



14.—Sombrero de fondo replegado visto por detrás.



16 á 22.—Panorama de trajes de baile y soirée.



23.—Casquette de alas anchas adornado de una pluma.



15.—Chaqueta Susana «delantero.»



24.—Chaqueta Susana «espalda.»

res: cabeza enloquecedora, continente de diosa, aire que arrastra, conversación que absorbe y mimos que destornillan. (Aquí hay historia y novela.)

Sin embargo, Adelina, á pesar de ser mirada por todos los mortales con aquella fruición con que se recuerda la bella imágen que, entre dorados sueños, dibujó en el vacío el mágico lápiz de la imaginación; no obstante su superioridad bajo todos aspectos en el cándido y hermoso mundo de las vírgenes, trató de abandonar la tierra de los vivos, no muriéndose, sino sufriendo por intercesión de su voluntad, la *capitis diminutio máxima*, como diría un letrado en agraz, esto es, hacerse esclava del Señor. Gran idea; santa idea, dijeron varios al saberlo. ¡Monja! exclamó un sietemesino, hijo único, y primero y último, de un marqués que fué tan escaso en todo como en sucesión. ¡Monja! repitió con sinapismática fisonomía.

Desde luego presumí que el pobre marquesito tenía sus motivos para sentir el encierro de Adelina; y en efecto, su estravagante exclamación repetida en todas las formas de la mueca, me declaró que la señorita y su dote, colosal por cierto, eran factores con los cuales contaba para el realce de su casa. Túvele lástima. Observé su indecisión entre el valor de declararse y la debilidad para levantar anclas; mas á los pocos días, previa la remisión á la doncella de una elegía asaz enferma, le ví desplegar velas y, navegando de bolina, dirigir su catalejo en busca de otros espacios.

Pero Adelina, sin notar su ausencia, continuó pensando en *capiteminuirse* ó esclavizarse, y á las razones en contra de sus deudos y amigos, oponía la entereza de su propósito, mediante, empero, una condición: la de desengañarse antes del mundo. (No es novela.)

¡Sopla! dije para mí. Y cuántos trapiés espera dar la niña para ver convertidos en espuma todos los castillos y vergeles que con pompas de jabón construye una cabeza femenina de diez y siete veces doce meses.

Pero (historia seca) Adelina lo puso en práctica: yo me horroricé; y así iba al teatro con todo el atavío de una duquesa, á las reuniones velada cual una ondina, á los bailes de carnaval aprisionada bajo diferentes estuches (entiéndese semitrajes), á los baños vestida en traje de *idem*, y donde quiera que el buen tono dirigiera la diversión, allí estaba ella ofuscando á las demás y excitando la codicia de todos; de modo que, en galanteos, pasatiempos y zizapes era, mejor que una presunta esclava, un principio de libre.

No obstante, que yo sepa, Adelina jamás debió sonrojarse de acción alguna, y á pesar de cuantas tentaciones ideó el ángel negro para apoderarse de su alma, que por lo linda debía tenerlo atropellado cual atropelló á otros por su no menos lindo cuerpo, ella salió airoso de todas partes do buscara que los halagos de esta vida son menudo y fino polvo que el más imperceptible soplo de aire desvanece. (Hay novela.)

Verdaderamente era singular su manera de discurrir acerca la conveniencia de que toda joven sepa los bienes á que renuncia cuando trata de consagrarse á Dios. En vano era decirle que lo que no debía importarle, puesto que quería abandonarlo, no le hacía falta conocerlo. Ella respondía que lo que se tachaba por malo alguien debió probarlo, y que por lo tanto, sin haberlo probado ella no podía certificar de ser tal como decían.

Veces hubo que escuchando sus divagaciones los pelos se me cuadraron, y otras tantas sacudí mi mano, y haciendo sonar los dedos anular y de corazón tararé un ay, ay, ay, en tono descendente, que era un presentimiento de la suerte á que la veía expuesta.

Cándida niña, díjeme á solas, ángel divino que á esta terrena mansión descendistes en un momento de capricho, mientras te columpiabas en las celestes regiones merced al tuéle y blando impulso de tus niveas alas; nítida azucena de arrobadora y excelsa pureza, ¿cómo pudiste idear siquiera la intención de recorrer prácticamente el teclado á cuyo són bailan los humanos, si cada una de sus notas es una especie de cuchilla que taladra algo de lo necesario á la vida, y cuyo conjunto forma, ya el lóbrego rumor que suspende de miedo el aliento, ya el bramido fiero que espeluzna, ya la lastimera gritería que acobarda, ya el acénto del dolor que al corazón comprime según lo recio del viento mundanal que impetuosamente lo palpa! ¿Crees, ninfa aérea, poseer la verdad por más que practiques para conseguirla? ¡Vano esfuerzo! pues este mundo, cuando enseña la realidad, mata; y así, ya entiendo que quieres entrar

en el claustro al propio tiempo que en la tumba. Mas... ¡qué vida y qué muerte va á ser la tuya si corres tras los desengaños!... (Esto es historia pura.)

Mejor de tí entendiera que, cerrando tus sentidos á todo lo terreno, te encumbraras hacia la cúspide de lo sublime y santo, donde, suspendida tu alma por mártires de la perfección, adquirieras la disposición conveniente para ser presa de aquel sueño de felicidad, risueño y voluptuoso en su permanencia, halagador en su imperio, dulce en su forma, extasiador en su fondo, que es néctar, ambrosía y eterno en su placentera acción y concordancia.

Pero Adelina tomaba esto por novela, y proseguía poniendo en práctica sus teorías para dar con el último desengaño y pasar de él á la celda del convento. Mas hé aquí que apurado el diablo porque venciera cuantos obstáculos puso á su paso, presentó un día un acabado ejemplar del género masculino con más disposición de desengañarla que la de un cesante para obtener una credencial; y al aparecer uno delante del otro, sucedió lo que pasa entre el ambar y el papel, entre el acero y el imán, entre el rayo y el para-rayos, y de cuya inmediata atracción nació una chispa más que eléctrica que les abrasó de tal modo, que si valiera la figura, diría que los carbonizó instantáneamente.

Cuando lo supe, ya no temí por la suerte de Adelina. Esta estaba echada. Sólo pensé que ya no había remedio para ella atendido su carácter.

Y es claro: abrasada Adelina, pronto fué ceniza, y como tal, sensible al menor soplo de aire, aire que no tardó, y que vino, no como murmuradora brisa ni como suspirante aura, sino en raudo huracán, en impetuoso remolino, como nacido en la fragua dó se forjan las pasiones más fulminantes, y que llevan en sí tanta parte del fuego insaciable de la magna hoguera que les dió vida.

A los ocho días del encuentro partía con su brava compañía hacia Suiza, como si dijéramos, en busca de lo desconocido.

Al verla marchar de incógnito y con resuelto ánimo, mi rostro se puso tirante, mi corazón se sintió comprimido, se cerraron mis ojos, y con el lenguaje del alma, dirigida mi vista interior á la morada del Dios único, me atreví á preguntarle: ¡Señor! ¿Qué destino arrastra á tus criaturas? Mas pronto escuché una remota voz que en tono sentencioso me decía: «Los caudalosos ríos arrastran á cuantos intentan parar su curso, si no se proveen de decididas fuerzas. Estos ríos son las pasiones».

Abrió los ojos sin emplear tiempo, y dirigiendo una rápida mirada en torno mío, exclamé con cierto horror: ¡Ah padres! ¡Ah maestros! ¡Ah guardadores! ¡Y cuánta responsabilidad es la vuestra si no procuráis desarrollar estas fuerzas!...

Seis meses hacía de la marcha de Adelina, cuando al salir de un artístico templo de una hermosa ciudad española, en la pila del agua bendita ofrecí de esta á una señora enlutada cuya fisonomía, aún en la semioscuridad del lugar y á pesar del ligero recuerdo que me ofrecían los rasgos de su rostro marchito, reconocí ser la de la antes tan hermosa niña. Mi alma cayó á mis piés de la sorpresa, mientras sus labios desposeídos de la frescura y encanto de un tiempo se acercaban á mis oídos y decían con amarga sonrisa:

—¡Ya estoy desengañada...!

—Por fin... pude balbucear.

Y espantados mis ojos que rechazaban la fría y cadavérica mirada de su pálido y descolorido rostro, sólo vieron que se deslizaba por entre las sombras con paso trémulo y espectral continente, después de acabar de escuchar su inarmónica voz que me dijo: —¡mañana entro en un convento de... arrepentidas!

A los quince días el marquesito me comunicaba sus desgracias por haberse casado con una millonaria, su resolución de pegarse un tiro para ponerla fin, y el sentimiento con que el día anterior supo que Adelina había muerto... (Aquí hay novela é historia.)

DOMINGO CABRÉ Y ESTANY.

24 Enero 1884.

TROVA.

Fulgurosas las lípidas estrellas
miro del lago azul brillar al fondo,
cuando la noche misteriosa tiende
su negro manto en lánguido abandono.
Como se miran en la clara noche
esas estrellas en el lago armónico;
quisiera, dulce bien, siempre quisiera
mirarme en las pupilas de tus ojos.

LUISA DURÁN DE LEÓN.

LAS SEÑORITAS DE MONTROBERT.

(Continuación.)

Me avergonzaba en secreto, arrepentíame en silencio... pero me callaba. Hoy, ante la justicia divina que me castiga, ante la muerte que se acerca, rompo el silencio y venzo mi orgullo... voy á hablar, hijas mías, pero os condeno á la miseria...

Durante dos ó tres generaciones la opulencia de la familia ha ido en disminución constantemente. A la muerte de mi padre, de nuestro antiguo esplendor y dominios señoriales solo me restaba este castillo que es una regular fortuna pues está rodeado de propiedades en gran extensión. Mi padre sólo en su lecho de muerte me reveló el secreto fatal. A consecuencia de largos é intrincados pleitos con otra rama de la familia, convínose en que nuestros descendientes gozarían la posesión de su fortuna mientras existiesen hijos varones que usasen el nombre, pero el vínculo de Montrobert pasaría á nuestros primos al extinguirse la línea masculina.

Mi padre, al noticiarme este arreglo, aconsejome el casamiento, cuya insinuación seguí ya que entonces amaba á vuestra madre. Mi matrimonio fué dichoso, plácido y feliz excepto en un punto... deseaba un hijo... y no me fué concedido.

Durante ocho años nuestra casa permaneció sin sucesión; la antigua cuna de los Montrobert estuvo vacía... Vinisteis al mundo; dos tesoros de amor, pero dos hijas, y á los ocho días de vuestro nacimiento murió vuestra madre.

Entonces me entregué á una desesperación horrible... No tenía hijos, ni esposa, ni esperanza... Veía acercarse lentamente, de un modo seguro, de día en día, sin recursos ni medios para retardarlo, el instante en que se verificaría la ruina de nuestra familia. Hubiera podido volverme á casar, pero los quería tanto, ángeles míos! Necesitaba reemplazar por una madrastra á la que tan niñas os abandonó. ¿No hubiera sido condenaros al aislamiento, la frialdad y exponeros á malos tratos? Y si no hubiese tenido un hijo, sin impedir la ruina os destruía la dicha. En estas vacilaciones ocurrióseme otro proyecto; proyecto terrible, culpable y fatal... ¡Perdonádmé, Dios mío! Lo formé porque era padre...

Para mí solo, hubiera aceptado la ruina, la decadencia y la oscuridad.

Pero no quería legarlas á mis hijas... Las amaba y falté... he pecado y sufrido. Escuchad mi crimen, y si tenéis suficiente virtud, expiadlo, hijas mías...

El acta que estaba escrita desde un siglo, y donde se estipulaba la cláusula que os he revelado, se hallaba en poder de mi pariente, el otro Montrobert. Era un noble de poca fortuna, aturdido, gran cazador, amante de los placeres, á los que se entregaba con tanto más ardor cuanto que las ocasiones se le presentaban raramente.

Estaba casado hacía dos años con una joven sin fortuna pero de antigua nobleza, de la que tenía un hijo... él, el dichoso, el favorecido. Acérqueme á él, hícele protestas de cariño, y durante algún tiempo concurrió á mis cacerías y partidas de placer.

Después llevele conmigo á Versalles en un viaje que hicimos.

Quizás habréis oído contar, hijas mías, que en aquella época hubo en la corte grandes escándalos y perniciosos ejemplos. El furor del juego se introdujo en las reuniones y las damas, los príncipes y nobles se entregaban á él con ardor, atreviéndose algunos caballeros á cometer ilegalidades en la mesa de juego del rey. Relacionábame con varios de ellos, y... ¿atrevereme á decirlo? me enseñaron sus arteras mañas.

En varias ocasiones introduje á mi primo en estas reuniones en las que fué despojado. El provinciano no tenía fuerzas para luchar contra los seductores caballeros de la corte, que eran tan hábiles, complacientes...

Yo le animaba sin cesar, haciéndole entrever que la fortuna tiene sus momentos favorables, que en el juego hay instantes felices... Prestábale grandes sumas á fin de que pudiese entregarse á su nueva inclinación... Pero yo sabía que su ruina era segura, así es que cuando volvimos á Montrobert me adeudaba sumas considerables.

A pesar de esto, su placer por el juego no le abandonó y volvimos á tomar las cartas y dados para distraer el ocio durante las noches monótonas. Pero no en vano había aprendido ciertas lecciones, y Pedro de Montrobert continuaba perdiendo. Conmigo jugaba sobre su palabra ofreciéndome en garantía su pobre nobleza, su diminuta granja y palomar, y después el corto dote de su mujer, único recurso del hijo.

Por fin un día tiró las cartas sobre la mesa, sus ojos lanzaban rayos, su rostro estaba lívido.

—Soy un miserable, gritó... Lo he aventurado todo y he perdido... Si queréis podéis tomarlo... Mi esposa no tendrá asilo ni mi hijo pan... Sólo me queda mi espada.

—¿Y el acta que concierne á los dominios de Montrobert? respondió. ¿Queréis jugarla contra lo que habéis perdido y cinco mil escudos que os ofrezco?

Pedro titubeó un instante, aunque exaltado por el juego y sus pérdidas comprendía que iba á fiar á la ventura de un instante el porvenir, las esperanzas y la herencia de su hijo.

Decidiose al fin; seducido por una vaga esperanza que le supe inspirar, fué á buscar el documento que siempre tenía cerca de él como gaje de su futura prosperidad. Sin

decir palabra dejolo encima la mesa y comenzó el juego. La partida fué larga y encarnizada. Pedro defendiase con valor y yo... economizaba mis fuerzas para no declarar de un modo abierto mi falsedad en el juego... Por fin decidí la victoria mediante un as que oportunamente guardé.

Pedro se levantó furioso, desesperado, implacable, y alzándose cuan largo era, tirome el pergamino á mis piés gritando:

—Sois un miserable y yo un vil... Lo necesitáis todo, tomadlo, mi oro, mi pan, mi porvenir, el nombre... Gozad en paz de vuestro triunfo y no temáis que publique vuestra vergüenza. No soy yo quien jamás vilipendiará el nombre que llevo, ni mancharé el escudo de los Mont-robert.

Quise detenerlo, persuadirle, indemnizarle, pero me apartó lanzándose fuera de la estancia.

Montó en uno de los caballos que siempre estaban dispuestos en mis caballerizas, desapareciendo en la alameda sin reparar en el viento, la lluvia y los relámpagos.

Algunos días después supe que se había alejado de Francia. Marchó á juntarse con el regimiento de voluntarios que iba á la guerra de Austria bajo las órdenes del conde de Coligny, y poco tiempo después se hizo matar en la batalla de San Gotardo.

Remité á su viuda y huérfano los cinco mil escudos que le había prometido, pasando por su bienhechor.

Alabose mi generosidad, acordáronse mil alabanzas... Sentí mis primeros y más crueles remordimientos al recibirlas.

Debí, para disminuir mi falta, hacer educar el huérfano á mi lado, tratarlo como hijo y devolverle un día su legítima herencia uniéndolo con una de vosotras. Pero esta reparación sobrepujaba mis fuerzas, hubiera enrojecido ante aquel á quien había despojado, y no hubiese soportado mi humillación y remordimientos en su presencia.

Abandoné, pues, á su suerte la viuda é hijo de Pedro, y libre de todo temor para el porvenir, fundé mis futuros proyectos y ambiciones paternales en el hijo de mi hermana, en el pobre y amado Gastón.

Pero el golpe que me arrebató á Gastón es algo más que una desgracia, es un castigo, una advertencia de la cólera celeste. Es una vindicación de la ley divina que manda al hombre

«No codiciarás los bienes ajenos: no matarás al prójimo ni despojarás su viuda.»

Yo pecador culpable, he tomado por el engaño y el crimen la herencia de mi consanguíneo, le he matado por la desesperación y la miseria y he condenado su viuda é hijo á la ruína y aislamiento. Déjoo, pues, hijas mías á la faz del mundo un nombre antiguo y glorioso, pero en secreto, un nombre execrable. Déjoo en apariencia una rica herencia, pero ante mi conciencia y ante Dios os declaro que mis bienes no os pertenecen... ¿Qué haréis, hijas mías? ¿Queréis aprovechar mi falta ó reparar las consecuencias? ¿Moriré desesperado, lleno de remordimientos, ó bien os dejaré pobres, oscuras, sin asilo, la frente pura y las manos, aunque vacías, limpias? ¿Puedo esperar, gracias á vosotras, el perdón?

(Se concluirá.)

EL PECADO DE MAGDALENA

(CONTINUACIÓN).

V.

Un día dí un paseo, á caballo, bastante largo, en compañía de Luisa y Roberto, y volvíamos lentamente al paso. Yo les había dejado que se adelantaran y les seguía á alguna distancia. Hacía ya algún tiempo me imaginaba que Roberto, después de haber creído amarme, sentía por mí una verdadera aversión; yo observaba que huía de mí. Varias veces le había sorprendido mirándome con una expresión tan sombría que me impresionó, pero enseguida había desviado la vista con impaciencia. Me parecía, por otra parte que se mostraba más tierno, más expansivo con su mujer, estudiando la manera de multiplicar sus pruebas de afecto. Por lo tanto me quedé atrás intencionalmente, poniendo tanto cuidado en evitarle como él ponía en huir de mí. Antes de entrar en el parque, era preciso atravesar un puentecillo muy elevado sobre la vía del ferrocarril. Roberto y Luisa acababan de pasarlo; yo iba á verificarlo á mi vez cuando mi caballo, asustado sin duda por el silbido de una locomotora, hizo un movimiento brusco; quise obligarle á pasar, pero se encabritó, cayendo contra el parapeto del puente; y yo iba sin duda á verme precipitada desde él, cuando Roberto acudió corriendo, cogió al caballo por la brida y le contuvo con mano fuerte. En este momento me conmovió la expresión de su semblante; estaba pálido y me pareció que le temblaban los labios de cólera. —En verdad, dijo bruscamente, cualquiera diría que queréis mataros y que os complacéis en hacernos temer por vuestra existencia.

Sin contestarle pegué con el latiguillo á mi caballo que en dos brinco salvó el estrecho pasadizo. Luisa, asustada, aguardaba inmóvil y me reprendió dulcemente mi imprudencia. —Eres una niña, le dije con un poco de impaciencia, me he caído acaso alguna vez? Deja para otros esos ridículos temores. —Roberto oyó estas palabras, pero no las recogió y entramos silenciosamente en el castillo.

Por la noche algunos vecinos de campo comían en Ville-Ferny y recuerdo que se habló de una aventura escandalosa que era en París el objeto de todas las conversaciones. Una mujer joven, rica y bella, enlazada por su nacimiento con las más nobles casas del faubourg de San Germán, acababa de fugarse con su amante. El furor del marido engañado, la desesperación de la familia, el triunfo de sus enemigos, todo se notaba, contaba y comentaba detalladamente. Nosotros habíamos conocido en otro tiempo á aquella joven, y aunque hacía ya mucho que la habíamos perdido de vista, ese drama de familia, á la vez vulgar y terrible, nos causó una impresión dolorosa. Lo que agravaba más la falta de Carlota de L... era que tenía una hija, niña de algunos meses, cuyas sonrisas debieran haberla detenido al borde del abismo. Así es que por todos lados no se oía más que una unánime reprobación; Luisa misma no se atrevía á buscar excusas á semejante conducta. En cuanto á mí, guardé silencio; humillada por secretas derrotas, no me sentía con valor para condenar á nadie. Escuchaba á todas aquellas gentes indignadas, y envidiaba á aquellas mujeres la tranquilidad de su conciencia, que les daba derecho para juzgar y afrentar.

Poco á poco se desvió la conversación, como sucede siempre en igualdad de circunstancias, y se entabló una gran discusión sobre el matrimonio; algunos hombres sostenían que era una institución que repugnaba á la naturaleza, que era casi inmoral y que empequeñecía el alma restringiendo su libertad. Las mujeres y en particular Luisa defendían con vivacidad la causa contraria. Todos los lugares comunes en uso en esta clase de discusiones se sacaron á relucir por una y otra parte. —No hay verdadera dignidad, decían unos, más que en la unión libre de dos seres adheridos uno á otro por el lazo ideal de un amor compartido; en cuanto á esos esposos chabacanos, resignados mal de su grado, y que eluden con frecuencia en secreto las obligaciones que la ley les impone, no inspiran ni merecen ningún miramiento; son grotescos y naca más.

—Cómo! exclamó Luisa, no véis ninguna grandeza en esa temeraria promesa de amar siempre, por toda la vida, por una eternidad, en ese abandono sin beneficio, ni sin segunda intención? No es esto más noble, más digno de respeto que esa mezquina prudencia que calcula tan sabiamente los azares de la inconstancia?

—Querida niña, contestó sonriendo M. Chevière, uno de nuestros vecinos, ¿quién puede prometer de buena fe que no cambiará jamás? Tanto valdría jurar no envejecer nunca.

—Que pensáis de esto, M. Wall? preguntó de pronto la viuda de Briase.

Roberto, que hasta entonces no había tomado parte en la conversación, se estremeció al verse interpelado, y yo aguardé conmovida su contestación.

—Pienso, dijo después de una ligera vacilación, que no hay en este mundo más que una cosa grande y verdadera, el amor. Felices los que la sociedad une cuando su corazón lo desea! eso es la realización de un sueño celestial; pero felices también los que saben amar á pesar de los obstáculos, de las contradicciones de las leyes imaginarias de la moral! La verdad es el amor; lo demás es pura convención. Y volviéndose á su mujer, ¿sentiría por vos, hija mía, menos respeto si me hubierais sacrificado familia, honor y reposo? Si, condenada por todos, os hubierais arrojado, confiada y resuelta en mis brazos, creéis, Luisa, que me seriais menos cara?

—Hé ahí, querido Roberto, dijo mi tío riendo, unos principios de moral que no os aconsejaría transmitiéis á vuestros hijos.

—Mis hijos sabrán hallarlos por sí mismos, no tengáis duda ninguna. Aun cuando mi sabiduría envejecida les hablase algún día otro lenguaje, si tuviesen el corazón sincero, pensarían como yo....

—Si son sinceros, exclamé á pesar mío, si tienen el valor de mirarse á sí y á lo que les rodea, sabrán pronto que el amor no es más que el sueño de la vida, si no es más bien la mentira eterna. Y si me fuera permitido guiar un día á vuestros hijos, Roberto, yo les diría: No creáis en el amor, pero haced que los demás crean; no entreguéis vuestro corazón y guardaos de olvidar las engañadoras palabras con que hayais embaucado alguna alma ingénuo; otras todavía se dejarán fascinar por ellas. No tardéis en mirar atrás; representad sin remordimiento la eterna comedia de vuestra pasión; haced hoy los mismos juramentos que hicisteis ayer. No guardéis de vuestro pasado más que el recuerdo de vuestros triunfos; tanto peor para quien los pague con sus lágrimas ó con su vida!

—¡Diantre! qué arenga! exclamó mi tío riendo.

—Querida, dijo Mme. de Chevière, vuestra tesis no es nueva; aparece en todas las malas novelas, y francamente está ya un tanto fuera de moda para unos labios sonrosados como los vuestros.

—Señorita, dijo con galantería Mr. Chevière, permitidnos que os aseguremos que el amor existe; y creedlo bajo nuestra palabra mientras otro más feliz que nosotros, se encargue de probaroslo. Vuestra joven misantropía no tiene derecho para contradecir nuestra experiencia.

—Por Dios, señores, repliqué yo, no deseo otra cosa que creerlos, pero mirad en torno vuestro. ¿Quién sabe amar? Acaso Carlota de L... por ejemplo? Pero á quien ama? Á su marido ó á su amante? Antes de contestar, dejad pasar un año después de su fuga, menos tal vez todavía. ¿Y vosotros, caballeros, renegáis del matrimonio, y encontráis la vida demasiado larga para que pueda llenarla un solo amor? Decís que no tengo experiencia? Concedo; pero he mirado en torno mío, he escuchado, y he comprendido. ¿Es mía la culpa? Y si no sabéis amar, soy yo por ventura quien os acusa? Os compadezco, helo ahí

todo. El mundo es viejo y completamente usado; nosotros nacemos ya viejos y lo hallamos todo terminado. Sólo nos queda el nombre de las cosas, triste herencia: se habla de amor, pero nadie ama.

—¿Y yo? dijo dulcemente Luisa.

Al oirla me estremecí; la había olvidado.

—Tú, sí, tú sola, contesté después de un corto silencio; y salí del salón, escandalizando á alguno por esa libertad de decirlo todo que me concedía mi tío.

(Se continuará.)

SECCIÓN RECREATIVA.

CHARADAS.

I.

Dices que *dos-tercia*
al ver la *una-cuarta*;
tú eres *todo* y eso
te *cuatro-una* Clara
de quicio y *dos-cuatro*
tan sólo me causa.
Tú no eras *dos-prima*,
dí qué me llevara
sinó el *uno-dos-tres*
á darte *una-cuarta*
y la *una-cuatro-una*
usar, que no es capa?

II.

FUGA DE VOCALES.

(REMITIDA POR LA SRTA. D.^a MAGDALENA DE PAZZIO.)

C.s. m. r.z.n ll.g. . p.rd.r
s. m.r. l. .spr.s.n .ng.l.c.l
q. .n s. pr.m.r. c.rt. p.dr.s v.r
S.gund. l. .s.g.r. .s m.s.c.l
y .l.t.d. y. .s l.d.j. .s d. m.j.r
.n n.mbr. q. .p.d.s .n.f.c.r

FUGA DE CONSONANTES.

.o.o ó .a.a á u.a .u.e.
i..o.a.e.e.e.e.a.a
é.a.o.e .o .e.a.i.a.
.a. .u.e.e. .i.e.u.i.a.a.?

ROMPE CABEZAS.

Cecilia.—Matea.—Cornelia.—Joaquina.—Patricia.—Demetria.—Ignacia.—Primitiva.—Casilda.—Inés.—Beatriz.—Olaya.—Pollita.—Josefa.

Con una letra de cada uno de los nombres anteriores, formar el de una distinguida mujer, muy conocido de nuestras suscriptoras.

SOLUCIONES

correspondientes al número del 15 de Enero 1881.

CHARADAS.

Piramidal.—Turrón.

FUGA DE VOCALES.

Hay dos cosas que no pueden mirarse sin espejuelos;
una los rayos del sol;
otra tus ojillos negros.

FUGA DE CONSONANTES.

Blanca azucena del valle umbrío
ventura y vida, perfume y luz;
aura apacible de tibio estío
onda serena de claro río
eso eres tú.

ROMPE CABEZAS.

Cármén Silva.
Da—C—iana.
Th—A—is.
Do—R—tea.
Ho—M—obona.
In—E—s.
Ma—N—uela.
Ne—S—tor.
Ol—I—mpia.
Pa—L—adia.
Se—V—era.
Cl—A—ra.

Han acertado las soluciones las Sras. D.^a Aurelia Casamayor, D.^a Margarita Vazquez, D.^a Asunción de López Seviña, D.^a Bienvenida id., D.^a María Jamar, y D.^a Rosa Segarra de López.

La segunda charada, fugas de vocales y consonantes y rompe cabezas D.^a María Carvajal. La segunda charada y fuga de vocales D.^a Elena Rumbo y D.^a Paula Cortés, y las fugas de vocales y consonantes D.^a Gloria Fuster del Villar.

Ha alcanzado el premio correspondiente al mes de Enero, que consiste en una linda fotitipia, D.^a M.^a Rosario García, de Cádiz, á cuyo domicilio se remite.

BARCELONA:

Imprenta de Luis Tasso, Arco del Teatro, 21 y 23.

TRAJES DE MÁSCARA PARA NIÑOS.



25.—Traje de reina de mar.



26 à 29.—Trajes de pierrotte, teléfono y peregrino.



30.—Traje de gatita.



31.—Traje Maria Estuardo, visto por detrás.



32.—Traje Maria Estuardo, visto por delante.



33.—Traje con chaleco y cuerpo chaqueta para niña de 8 à 9 años.



34.—Traje de recepción «Emperatriz».



35.—Traje con cintura Médicis para niña de 6 à 8 años